



EL MOTÍN



Año XXXIII.-Madrid, Jueves 2 Octubre 1913.-Número 40.

NUMERO
NÚMERO 40
AÑO XXXIII

¿Tiempo perdido?

Querido D. José: Le veo á usted pesimista y hasta un poco descontento de sí mismo, y, francamente, me parece mal. En «Pepe y D. José» se plantea usted un problema que nos planteamos cuantos peñamos canas, vamos perdiendo la vista, contemplamos marcada de arrugas nuestra faz, etc., etc., y en el penúltimo número de EL MOTÍN reincide usted al hablar de una nueva lizaña del *requeté*.

En primer lugar usted ha peleado bien y bravamente; ¿todavía apetece usted más recompensa, mayor satisfacción que esa, que haber peleado? Pues sí que es usted insaciable! De todos los Paraísos, ninguno tan bello como el de la Mitología escandinava, precisamente porque la eterna contemplación del *nuestro*, el sensualismo de otros, en aquél es un continuo batallar. ¿Batallar por qué? Pues por batallar. ¡Qué mayor bien!...

Usted ha leído la Biblia, y hasta barrunto que estudió historia sagrada. ¿Qué apostamos á que si le dan á elegir entre ser Moisés ó ser Josué se queda usted en Moisés sin vacilar? ¿Por qué? Pues porque Moisés si condujo al pueblo de Israel á la Tierra de Promisión, no llegó á ella, y sólo la entrevió espléndida, bella, sin par desde una colina.

De cierto, si reflexiona usted, ptefiere volver á la nada pensando con firme convicción que en España se instaurará la República fuerte, justiciera, salvadora con que viene usted soñando desde que era el cabo Nakens, Pepe Nakens, que iba para literato puro y se metió en política sin dejar de ser literato y con mucho ingenio, á Dios gracias.

Supongamos que se hubieran realizado sus anhelos. En España habría República, estaríamos sin frailes ni monjas, y los curas altos y bajos vivirían de lo que les diesen los fieles—¡buenas pantorrillas iban á echar!—y no del presupuesto. ¿Consideraría usted colmados sus anhelos?

¿A que no? A estas alturas pensaría usted que *no era eso*; lo logrado le sabría á poco, casi á nada, y andaría usted lanzón enristre peleando por la perfección suma—que afortunadamente será siempre un ideal y no una realidad—; pero batallaría usted con una amargura y un desencanto que hoy no siente, porque—¡oh exímio D. Quijote ó D. José!—aún no tuvo usted la desgracia de contemplar á su Dulcinea en hábito y rostro y trazas de labradora...

Y luego exagera usted.

Cuando se soltaba usted á escribir en *Jeremías*—(entre paréntesis, los versos son malos, pero no tanto)—, sin frailes, en plena revolución, era posible, por ejemplo, un levantamiento carlista; *¡hoy no lo es!* aun con todos los *requetés*, y así ocurra lo que ocurra. Y si alguna vez recibe usted noticias en el otro barrio de que Bilbao sufre un nuevo sitio, asegure que los sitiadores son los hombres de la revolución social, los mineros de Somorrostro; y si le hablan de rebeliones en la montaña catalana, de cosechas incendiadas en Navarra, de trastornos en los valles donde nació San Ignacio, diga sin dudar que son los tejedores, que son los braceros, que son los metalúrgicos, que son los papeleros que reclaman lo suyo en nombre de la justicia social, que no es la divina precisamente.

Es verdad que nos falta mucho para vivir en un régimen democrático—tanto por culpa nuestra, de todos, como de la monarquía y sus hombres—; pero no es menos verdad que hoy todo retroceso y aun todo estancamiento, por mínimo que parezca, es total y definitivamente imposible.

Cierto que está en auge la plutocracia, que es la corrupción elemento de gobierno, que surgen conventos por todas partes, que el clericalismo aparece dominador, que los *requetés* campan y asesinan sin que se les vaya á la mano; pero con caudillos, ó sin ellos, ó á pesar de ellos, las muchedumbres marchan á la conquista del porvenir—¿quién no las ve?—Y todos esos poderes avasalladores, todos los predominios, todas las oligarquías declinan ya de un modo inexorable, inflexible, incoercible, fatal.

Acaso esté lejano el triunfo de lo que usted anhela; de seguro lo está mucho el triunfo de lo que yo ansio; pero usted y yo y todos los nuestros vencemos cada día, cada hora; y aquellos contra quien usted peleó, alegremente como pelean los buenos guerreros, sienten que les va faltando tierra bajo los pies; viven de puras apariencias; no poseen las conciencias ni aun de muchos que parecen estar con ellos, no tienen las muchedumbres, y no tener las muchedumbres ni las conciencias hoy es no tener nada.

Si mira usted las apariencias, resultan, en efecto, perdidos sus cuarenta y cinco años de afanes, porque está en la cúspide de lo que se quería hundir en el abismo; pero si se mira hondo, la verdad, Pepe Nakens no perdió su tiempo ni le empleó mal, como no le perdió ni le malgastó ninguno de los que trabajaron mirando alto y lejos...

En resumen, que con su reprobación

le envía un fuerte abrazo su bueno y también—¡ay!—ya antiguo amigo,

J. J. MORATO

P. D.—Se me olvidaba. Si hubiese usted perdido el tiempo, si le perdiera ahora ¿le honraría á usted el enemigo con su odio?—Vale.

Querido amigo Morato: Gracias mil por el toque de atención que me ha dado.

En el número próximo le contestaré punto por punto.

No lo hago en éste, por que me he empeñado en publicar en la primera quincena de este mes el Almanaque, y me falta tiempo; llevo dos semanas sin ocuparme apenas de otra cosa.

Sabe usted que siempre escucha con gran atención sus opiniones y las tiene en cuenta,

JOSÉ NAKENS

ANTES Y AHORA

Melquiades Alvarez

Hace poco más de un año, el día 3 de Junio del año último, D. Melquiades Alvarez pronunció en Eibar, al final de un banquete, uno de sus más enérgicos discursos contra el régimen.

Han transcurrido 15 meses y como si hubiéramos saltado de un siglo á otro, sin apercibirnos siquiera, el insigne tribuno cambia de credo, declara accidentales las formas de gobierno y muestra su conformidad con los que dicen que España puede obtener su redención con la monarquía que nos llevó al desastre colonial y á la aventura marroquí.

Doloroso es decirlo, pero lo cierto es que Melquiades Alvarez ha cometido una defección imperdonable, no sólo á sus ideas de antes, sino á la causa del mismo pueblo que lo ovacionaba y seguía, creyéndole un apóstol de la República.

¿Para qué más palabras?

El lector puede pasar su vista por el extracto del discurso á que aludimos al principio y juzgar si tenemos ó no motivos para llamarle apóstata.

Dacla el Sr. Alvarez en Eibar el citado día 3 de Junio de 1912:

«La monarquía representa, y no hay que olvidarlo, la pérdida del territorio que fué un día expresión material de nuestro poder y del genio aventurero de la raza; la monarquía representa el fracaso de su régimen militar que durante cuarenta años no ha logrado un sólo resplandor de gloria para el Ejército á pesar de la fortuna

y del heroísmo derrochados; la monarquía representa el imperio de la incultura, que cada día nos aleja más de Europa y nos aproxima, intelectualmente, á Africa, empujados por la ignorancia y por el atavismo de la barbarie; la monarquía representa el fracaso de nuestra Hacienda, que hoy vuelve á liquidar con déficit, sin haber iniciado siquiera la reconstitución de los servicios; la monarquía simboliza aquí la hipocresía y el fanatismo. (Muy bien, muy bien; grandes aplausos), porque cuando en todas partes la virtud de la tolerancia es virtud universalmente practicada, aquí, á la sombra de la Cruz, se cobijan todos los desvarios de la política ultramontana, todas las infuensas é inquisitoriales iniquidades de la Iglesia. (Muy bien, muy bien.) La monarquía representa más; representa la depauperación de las ciudades, de los pueblos españoles que viven tristes sin energías, sin alientos, tumbados perezosamente al sol, degradados bajo la incuria del gobierno, por el influjo tremendo de la miseria y del vicio. (Muy bien, muy bien; ¡bravo!) La monarquía representa todo esto; y cuando nosotros, sin abdicar de nuestras ideas, le pedíamos que rindiera culto á las aspiraciones populares, la monarquía arroja del Poder al jefe del bloque, y surge una crisis de la cual resulta que Maura es quien manda y Canalejas quien gobierna. (Muy bien, grandes aplausos.)

Y todavía decía más Melquiades Alvarez. Decía en todas partes, con soberana elocuencia y á la faz del pueblo:

«Contra todo esto tenéis que reaccionar, tenéis que ir en línea de batalla; republicanos y socialistas, tenemos que ir á destruir al régimen, á concluir el régimen, y en sus ruinas cimentar la obra esplendorosa de la república, que simboliza el bienestar y el progreso del país.

Una recomendación para final.

¿Cómo lo vamos á destruir? ¿Por la evolución? ¿Por la lucha legal? Fué posible esto en una época en que un rey caballero y democrata, perteneciente á la Casa de Saboya, al ver el divorcio que existía entre las instituciones y el pueblo, abdicó voluntariamente del poder mayestático.

Esto no se repite jamás en la Historia; esto no se repetirá en la dinastía de los Borbones.

Los Borbones perdieron siempre el Trono á impulsos de la revolución.

Lo perdieron en Francia, y subieron al patíbulo; lo perdieron en Italia; lo perdieron en España en aquella revolución del 68, de la cual decían los mismos monárquicos que era la revolución reclamada por la vergüenza, porque no se podían explicar ni á nuestras madres ni á nuestras hijas las causas de las llamadas crisis políticas.

Pues bien; hay un signo fatal en la Historia para las dinastías. La dinastía borbónica, á pesar de vivir divorciada con el país, apoyándose en una parte del ejército y en el clero, no abdicará voluntariamente de su poder. No queda, pues, más que un recurso: el recurso de que puesto en pie el pueblo soberano, le diga: «Ha terminado vuestro reinado y ha comenzado el mío, que es el reinado de la libertad, de la justicia.»

«Yo me he convencido de que la conjunción con elementos liberales monárquicos no es posible, porque son fermentos, apóstatas, traidores.»

«La revolución necesita sacrificios individuales y colectivos; necesita armar al

pueblo, dinero, táctica, tacto de codos, confabulación modesta y callada.

Lo que pido á todos los republicanos es que no dejen de prestar esta colaboración. Yo lo he dicho muchas veces: sacrifico en pro de la obra común lo que tengo—no tengo otra cosa—; mi relativo bienestar, mi tranquilidad modesta, los intereses de mi bufete, de los cuales vivimos mi familia y yo. No tengo otro patrimonio. Sacrifico mi palabra y mi salud. Por ahí voy, á manera de evangelista, predicando al pueblo, para que el pueblo cumpla con su deber el día que llegue el momento de la redención.»

«¿Me ayudaréis todos?»

«Voces: Sí, sí.»

«¿Me ayudarán todos? Yo no lo sé; pero tengo la esperanza de que sí. Y pronto, muy pronto—no creáis que pronto es una hora—, se podrá dar la voz de llamada al pueblo republicano, para que éste, manifestando lo que os he dicho en el mitin de la Plaza de Toros, requiera al régimen monárquico y le diga: «El pueblo es soberano, es libre; queremos practicar instituciones VERDADERAMENTE DEMOCRÁTICAS, y como para practicarlas el RÉGIMEN ES UN ESTORBO, LO PRIMERO QUE HACEMOS ES DESTRUIRLO, dejando el paso franco al triunfo de los ideales redentores de la república.»

Eso decía el ex diputado republicano. De lo que oí en hoy el semi-monárquico, nos da idea el último discurso que pronunció en el Congreso en el otoño del mismo año.

La Coalición

Badajoz.

Ayer y hoy

Trozos escogidos del discurso-programa pronunciado por D. Melquiades Alvarez en el banquete con que se solemnizó la fundación del partido reformista, celebrado en el Retiro el día 7 de Abril de 1912.

LA SINCERIDAD

«Habréis oído decir muchas veces que la sinceridad es una de las virtudes más fundamentales de la vida pública; yo la considero algo más; yo la considero como un deber, y por lo mismo que es un deber, estimo necesario mostrarme, como siempre, sincero ante vosotros, si cabe más sincero hoy que nunca, porque á ello me obliga conjuntamente la voz de la conciencia y el sentimiento irresistible de la gratitud.

LA CONJUNCIÓN

Insistiré también, para desvanecer injustificados escrúpulos de mucha gente sobre lo que acaba de decir el Sr. Azcárate. Suponen muchos de buena fe, otros lo afirman sin creerlo, que pretendemos constituir artificialmente, dentro de la familia republicana, un partido nuevo, y llega la suspicacia de muchos á suponer también que abrigamos el propósito siniestro de quebrantar la Conjunción, en la cual cifran sus esperanzas la inmensa mayoría de los republicanos y de los socialistas. ¡Qué mal nos conocen quienes tales cosas dicen de nosotros! A ninguno, absolutamente á ninguno se le ha pasado por la mente la idea de formar un partido nuevo que, al no responder á la necesidad, que es ley de la vi-

da pública, obedecería tan sólo á sentimientos de vanidad ó de orgullo, y caería, por esto mismo, presagando su rapidísima muerte, en un ambiente de hostilidad ó, por los meros, de indiferencia. No, no hemos de perder el tiempo en cosas fugaces que durarían lo que duran las rosas.

Y tratamos, correligionarios, de organizar este partido, no para quebrantar la Conjunción, que sería un crimen de lesa patria sólo el pensamiento de intentarlo, sino precisamente para todo lo contrario, para afirmarla y robustecerla, poniéndola así en condiciones de mayor eficacia, en condiciones de que pueda realizar la misión redentora que le ha encomendado el país.

POLÍTICA VIL Ó CANDOROSA

Mas no creáis que al organizar este partido reformista que hace alarde de un gran sentido gubernamental, vamos á resucitar la vieja táctica de la benevolencia con los monárquicos y de los «bloques» con las izquierdas. (Aplausos.)

Esa política de alianzas ha fracasado definitivamente, y, además, ha fracasado con estrépito. (Muy bien.) En otro país, con otra dinastía, quizá fuera esa política la mejor, porque es la política que subordina á los resultados prácticos intransigencias doctrinales y exclusivamente de la forma de gobierno; pero en España, bajo este régimen, donde cada hecho constituye un engaño, donde los gobernantes escalan el Poder, unas veces utilizando la apostasía, y otras veces la traición, reincidir en aquella táctica, si no es candor, parecería vileza. (Aprobación.)

Todavía leña yo esta mañana en un diario importante, que se debe trabajar dentro de la monarquía, ayudando á la monarquía, colaborando con la monarquía. Dos veces se intentó durante el reinado de Isabel II la compatibilidad entre la democracia y el trono, y dos veces fracasó el intento ruidosamente. El gran Castelar (aplausos), que con su verbo inmortal predicó aquella política de evolución durante la regencia de María Cristina, al morir estaba arrepentido de haber sostenido tan candoroso ensueño. Yo mismo, reconociendo que la cuestión de la forma de gobierno era un problema secundario, colaboré con entusiasmo y con desinterés en aquella política del bloque, donde se ponían los ideales de libertad de conciencia por encima de nuestras aspiraciones, y sabéis lo que pasó? Que la Corona, convirtiéndose en servidora de las ambiciones personales y de tabajos de camarilla, arrojó del Poder al hombre que se había comprometido á realizar las modestas é insignificantes aspiraciones del programa, y después elevó al Poder á quien personificaba la democracia más radical dentro de la monarquía, y en el Poder escarneció su historia, realizando una política más reaccionaria que los conservadores.

De modo que no nos queda otro recurso que combatir con encarnizamiento al régimen, y combatir sin taegua, porque es el régimen, ó por culpa suya, ó por incapacidad y torpeza de las personas que le dirigen, el principal obstáculo con que tropieza España para su prosperidad futura.

LA ALIANZA DEL TRONO Y EL ALTAR

No es un pesimismo de enfermo el que pone sombras en mi espíritu y acentos de

dolor en mis palabras; es esta visión clara de la realidad, que nos está demostrando á gritos nuestra corrupción, nuestra miseria, nuestra horrible decadencia. Somos juguete en la vida pública de unos cuantos oligarcas, que detentan el Poder soberano del país en consorcio con las Cortes y con el rey. Somos juguete, en el orden financiero, de una plutocracia insolente, que no se contenta con enriquecerse á costa del país, explotando todo linaje de privilegios y monopolios, sino que, so pretexto de fomentar la industria nacional, mantiene un régimen fiscal antieconómico y perturbador. Somos juguete de la Iglesia, que domina en la conciencia nacional, no por el influjo espiritual de su doctrina, que esto sería respetable y lícito, sino por el poder político que ejerce, con mengua de la autoridad soberana del Estado.....

¡Ah, correligionarios! Es la obra malhadada de aquella alianza entre el altar y el trono, concordia sacrilega de dos absolutismos, el absolutismo político y el absolutismo teocrático, los cuales, conjuntamente, utilizando unas veces el terror y otras veces el fanatismo, fueron encadenando la inteligencia de este país, apartándola del movimiento civilizador de Europa, é incapacitándola, por las sugerencias del dogma, para toda labor racional, progresiva y fecunda.

LA JUSTICIA ESTA PODRIDA

Somos juguete de la justicia, más que enferma, podrida, no tanto por debilidades de quienes la ejercen como por culpa de estos Gobiernos monárquicos, que han ido acabando con los últimos restos de su independencia, sometiéndola así más fácilmente á la borda de los caciques, á las corruptoras imposiciones de los personajes políticos, á los intereses de ciertos buques, donde la influencia se cotiza por más valor que la propia autoridad científica y profesional.

LA GUERRA MALDITA

Aludo á la guerra del Rif, iniciada hace tres años, según se dijo entonces, para descongestionar la plaza de Melilla, reanudada después de la paz de Atlaten por el capricho de una voluntad coronada, á la que presta ciega obediencia un gobierno cortesano y servil. Guerra maldita, mil veces maldita, porque sobre ser sepulcro de lo más florido de nuestra juventud, va la brando, por torpeza é incapacidad de unos, por imprevisión de otros, el desprestigio de nuestro Ejército, á quien amamos, elemento integrante de la patria, y va labrando también la ruina de nuestro Tesoro.

EL FRACASO DEL REGIMEN

Trazado así, á grandes pinceladas, el cuadro tenebroso de la España en que vivimos, comprenderéis que nosotros los republicanos tenemos el deber de redimirla, apelando para conseguirlo á todos los medios, incluso á los más heroicos. Contamos para vencer con un factor decisivo: el fracaso definitivo del régimen. Nos falta algo; nos falta demostrar al país que somos merecedores de su crédito, y esto se logra fácilmente poniendo de manifiesto en todo momento dos condiciones, nada más que dos condiciones: honradez é ideas.

El País

Después de evocar estos dos recuerdos, y ver que el cerebro de Melquíades Álvarez emite las ideas con la misma conciencia que un fonógrafo, se queda uno vacilando entre si despreciarle ó compadecerlo.

El hombre que estima en tan poco su seriedad y su buen nombre, no merece ser honrado ni con la indignación de los dignos, los sinceros, los leales...

Los que ganan siempre

La Sociedad Geográfica ha celebrado el centenario del descubrimiento del Océano por Vasco Núñez de Balboa en 25 de Septiembre de 1513, en tanto que los políticos de acá «acechaban la rapina, la injusticia y la ignorancia, dispuestos á premiarles con el hacha del verdugo», según dice *El Imparcial*; siendo los jefes de todos los ladrones de acá aquellos reyes llamados Fernando el Católico y Carlos V, teniendo de ministros á frailes y cardenales.

Colón, Gonzalo de Córdoba, Balboa... todos siguieron el mismo camino. Labraban la grandeza de España mientras el Estado tramaba la infamia y el asesinato de aquellos héroes.

La fiesta de la Sociedad Geográfica ha sido muy oportuna y discreta. Una sensible falta ha habido: no ha podido asistir el general Azcárraga, organizador de fuerzas cuando la pérdida de las Colonias.

—¿Qué tal, Balboa?—habría podido preguntarle Azcárraga.

—Ya veis, mi general... Para vosotros ha sido la fiesta.

A lo cual podría haber respondido el P. Fitá, que estaba á la derecha del ministro Ruiz Jiménez:

—Nosotros pescamos de igual modo al ganarlas que al perderlas. Para nosotros fué el negocio.

El "Estatuto" español, la Justicia y el ciudadano

*Al señor Parres Sobrino
Fiscal del Tribunal Supremo.*

LA NACIÓN ACÉFALA

Vimos el otro día que en España la Patria no existe en sus funciones paternales, para los nacionales propiamente tales, fuera de ese instinto vegetal y animal que describió el señor Parres. Su «Estado», es decir el conjunto de leyes, procedimientos y personal ejecutivo, hállase organizado de modo, que mantiene divididos los hijos del país en dos clases: *patricios* y *plebeyos*; el que está encima de la patria y de las leyes y las exprime en cuanto defienden su derecho, despreciándolas y maldiciéndolas en cuanto le imponen deber y sacrificio; y el *plebeyo*, que está debajo, sometido á sentir el peso todo de los deberes sin amparo ni recurso para hacer efectivos sus derechos.

Si el Sr. Parres no admitiese esta dis-

crpción del *Estado constituido* y vigente, me obligaría á denostar su exactitud con ejemplos háto vergonzosos para un Estado que pretende llamarse europeo del siglo xx. Con los famosos textos de Romero Robledo, de Damián Iern y de Antonio Maura tendría bastante para dejar á la altura de un Estado perfectamente bárbaro, nuestro «estado de la administración de justicia». Con los textos de Canalejas, del marqués de Villaviciosa y del Presidente del Tribunal Supremo, podría formar el vergonzoso proceso de las leyes. Con las notas y despachos de los embajadores del Vaticano y de los Nuncios, y con las de Concordatos, convenios y sentencias de los propios tribunales, podría formar el cuadro de *móviles* y *motores* secretos de las funciones y funcionarios legisladores y ejecutores de las leyes y de los fallos de los tribunales; y vendríamos á parar á conclusiones muy duras, de entre las cuales una es la que pertenece al caso:

El Estado español no es independiente; España no es soberana; no es propiamente nación; al utilizar el nombre de *Estado constituido* y *sui juris* en el concierto de las naciones, comete el fraude que en los individuos se llama *usurpación de estado civil* y de carácter.

¿Quiere un ejemplo el Sr. Parres, y una prueba práctica de este fraude, que de un día á otro va á producir un escándalo en cierto Parlamento extranjero? Lo hallará en su oficina entre los papeles no muy viejos. Allí podrá ver como un ciudadano extranjero, fiado en de la independencia soberana del Estado español, requirió de los tribunales la declaración de incapacidad física y mental para el matrimonio, en una señora heredera de ciertos millones. Los tribunales civiles en nombre del Estado y de las leyes, reconocieron esta incapacidad y la nulidad previa de cuanto pudiera intentarse. Mas, de la noche á la mañana, la señora apareció casada, y testando y nombrando herederos fuera de su familia. Esta creyó ver en el conjunto de estos hechos un sencillo hurto cometido por un medio similar en su naturaleza ética, al del *entierro*, ó si se quiere, al del *gato*. Los agraviados reclamaron ante los tribunales; pidieron justicia al rey y señor de España... La respuesta fué lacónica:—*No podemos... somos incapaces... no tenemos soberanía... Hay que acudir á Roma... El Papa es el soberano dueño que dirá si es válido ó nulo el matrimonio y el testamento y el hurto de la herencia.*

Yo espero, Sr. Parres, que cuando se trate de esta cuestión en aquel Parlamento, acusando á España de país *inconstituido* y *sin soberanía*, vaya usted á defender el «Estatuto español» con el embajador y el cónsul. Lo que allí ocurrirá, si allí se persona nuestro «Estado», no es difícil imaginárselo. Si yo fuese ministro de Estado de aquel país, diría al embajador de España con mucha diplomacia y cortesía: «Parece-me, excelentísimo señor, que para poderlos concertar los extranjeros en las cosas de ese país llamado España, debemos negociar, no con los embajadores del rey, sino con el ministro de Estado del Papa, único capaz de cumplir lo que estipule, y de cuyas sentencias el Estado español es *ejecutor* incorriente é *insciente*».

Y ante tal indicación ¿qué haría el señor Parres? ¿Llamaría farsantes, hipócritas, acomodaticios, etc. á los españoles que como yo buscamos el modo de sacudir el «Estatuto personal» español, ó llamaría hipocresía y farsa á este «Estatuto» que, en

vez de llamarse español, debe llamarse «pontificio»?

LAS DEFINICIONES DEL CÓDIGO

Por este error fundamental resulta sofístico todo el discurso sobre el Estatuto.

«Este—dice usted—define la capacidad para contraer matrimonio, la validez intrínseca del mismo y sus efectos civiles, sus derechos y obligaciones como esposo, padre, tutor... Aptitud para contratar, disponer de sus bienes, etc.» Es decir: el *Estatuto* en cuanto al matrimonio, comprende las tres cuartas partes de la vida jurídica del ciudadano.

Mas ¿qué define el *Estatuto* español acerca de este particular en sus códigos, y cómo ejuta estas leyes el *Estado* por medio de sus funcionarios?

El artículo 42 del código civil, define que «deben contraer matrimonio todos los que profesan la religión católica»: el artículo 75, define que los requisitos de este matrimonio «se rigen por las disposiciones de la Iglesia católica y del concilio de Trento, que con LEYES DEL REINO»: el artículo 80, remite la cuestión, diciendo: «el conocimiento de los pleitos sobre nulidad y divorcio de estos matrimonios, corresponde á los tribunales eclesiásticos». El 82, ordena que «la sentencia de nulidad de estos tribunales, se inscribirá en el registro civil y se presentará al Tribunal ordinario para su ejecución en los efectos civiles.»

¿Quiere el señor Parres algo más concluyente, mejor remachado y más sin escape? La Nación el *Estado*, las Cámaras y todos los 25 mil empleados judiciales españoles, están incapacitados para conocer si es nulo ó válido un matrimonio canónico: por encima de todos ellos está el acto de un cura de misa y olla, que corta y raja á su gusto: ni conocer de ello puede el Supremo: la Nación en pleno no puede hacer más que litigar y pleitear, como modesto lego, ante el curial eclesiástico, de cuyos fallos el *Estado* es simplemente registrador y ejecutor *sin conocimiento* de la justicia.

Tal es el honroso *Estatuto español* mejor dicho, el *Destituto ó Prostituto español*, instituido y constituido: la destitución del *Estado*, que carece de Estatuto y es un simpatético *substituto*.

Nuestro Estatuto define que el *Estado* es incapaz y está inhabilitado para definir, para conocer y para juzgar: No es legislador, ni juez; es escribano y alguacil del Papa.

Mejor dicho: el *Estado español* es extraño en España: su Patria es Roma: es colonia pontificia de la metrópoli vaticana. Desde el rey al último funcionario, están sometidos á las definiciones de la iglesia, LEYES DEL REINO.

EL ESTADO SUSTITUTO

—Sírvase ahora decirme el Sr. Parres: ¿cabe mayor farsa que esta de ponerse el *Estado español* una máscara de *obrería* con la cual declamar entre gestos olímpicos y voces tonantes, el monólogo aquel del *predmulo*, hablando de escarnios á la bandera, á la seriedad y á la decencia? —No: el alguacil no razona, ni discute, ni declama: su lengua es el vergajo: su razón, la espada. El no conoce el derecho, ni la justicia, ni la vergüenza ni la decencia: es indiferente á todo: su moral es el *efectismo* del superior. Y este es el único leagaje que establece el *Estado español* en este punto: «lo manda la Iglesia... el reino no conoce más ley... á Roma con el recaído... Contádselo el Nan-

cio. El reino no sabe nada: no conoce nada: tiene vendados los ojos con la venda tupida de aquel articulado, donde se instituye como tutora y curadora suya á la *Iglesia*, que, dicho sea de paso, suele ser una Julia Farnesio, una Vanozia, ó una doña Olimpia, cuando no es cosa peor.

VASALLOS DISCUTIBLES

Ojetará el Sr. Parres, que además de este matrimonio canónico, se halla en el código el *matrimonio civil*.

Hablemos de eso. ¿Para quién es ese matrimonio? Pues... ¡oh, miseria española!... no lo sabemos... Ni el *Estado* con todos sus funcionarios lo saben, por la sencillísima razón de que «civilmente» el código ha definido quiénes son españoles y quiénes no pero no ha definido quiénes son católicos, ni en qué consiste la profesión de esta llamada religión.

Ni hay censo oficial, ni modo hábil de formarlo.

Reto al Tribunal Supremo en pleno á que me defina concretamente la forma para conocer quién es católico y quién deja de serlo *civilmente*.

Esta es una de las *españoladas* de nuestro Estatuto: es también la Iglesia y D.^a Olimpia, la única capacitada para definir, conocer y fallar quién es católico y quién no; y por tanto quien goza de la capacidad para el matrimonio civil.

Pero... ¡si todo ello es una telaraña de locos! Si el Código y la constitución tienen en esto un articulado contradictorio, desconcertado, descabellado y hecho con los pies... ¡Si aquí se da el caso de hablar de católicos, de Iglesia y de religión, sin definirlos, dejando esos conceptos difusos y vagos á merced de los rúbricas episcopales y de los enredos romanos!...

Y cuando esto no fuera, tenemos el escándalo permanente y universal del *Estado español*, que escribe esos textos legales en los códigos y en la práctica se juramenta para burlarlos.

UNA COACCIÓN CRIMINAL

Dió antaño Romanones un decreto para quitar la vergüenza de la coacción que se ejerce sobre los cónyuges, de declararse apóstatas de la Iglesia para poder ejercitar el derecho civil del matrimonio. Esa exigencia de apostasía es altamente desmoralizadora y criminal. Porque aun cuando la Razon aconseja y ordene esta apostasía, la conciencia humana raras veces llega á adquirir la limpieza intelectual necesaria para sobreponerse á los estímulos de sentimientos fatales en la vida, delicadísimos en sí, y siempre muy respetables.

En efecto: esta apostasía viene á ser una renegación de los actos religiosos antes verificados, cuando la razón no funcionaba con soberanía en la conciencia; actos que suelen llevar consigo recuerdos é impresiones de familia, de padres, de la madre sobre todo, del linaje entero: actos que, aunque reprobados por la razón moral, están revestidos y animados de sentimientos por otro lado purísimos... La apostasía encierra una *profanación* de estos sentimientos sublimes involucrados con la religión abyecta: y por esto es soberanamente inmoral y diabólicamente capcioso exigir una apostasía en la cual, la composición psíquica del individuo incapaz de aislar y separar la belleza de estos sentimientos, de la abyección y absurdo religioso, pone la conciencia en el suplicio de cometer aquella profanación de sí mismo, de su madre y de su linaje. Y he aquí

por donde el *Estado español* coloca al ciudadano católico en el dilema desmoralizador por ambos lados: ó su ruina á pasar por católico y á hacer la vida sacrilega del hipócrita, cometiendo en cada acto religioso una profanación de sus convicciones, ó profana valientemente aquellos sentimientos, cobrando odio á los padres y al destino que en su infancia indefensa le prepararon este cepo inmoral.

El Sr Parres en su doctrina, defiende el derecho del *Estado español* á perseguir á todos los nacionales donde quiera que se refugien, convirtiendo la nacionalidad en *estigma* que les hace esclavos de este «Estatuto español», ó á someter la familia á D.^a Olimpia eclesiástica, ó á pasar el suplicio indigno de esta *apostasía*. Y—como él dice—«los cónsules se encargan en el extranjero de exigir de los gobiernos del país, la aplicación de estas leyes españolas desmoralizadoras: ó apóstata, ó hipócrita.

¿Es esto un *derecho* de *Estado*, ó un *derecho* de Pernada?

S. PEY ORDEIX

En sus glorias

El cónsul de Portugal en Ciudad Rodrigo denunció que el cura español don Arturo Marcos hospedaba en su casa á los curas portugueses hermanos Gonsalves, que conspiraban contra la República vecina.

Practicado un registro en la casa del cura, se encontraron 1.200 cartuchos y 44 carabinas Winchester. A pesar de esto, los tres se hallan en libertad.

Lo dicho: en sus glorias estará el párroco.

Cuando español que con las mismísimas manos que se lleva la hostia á la nauseabunda boca, maneja á los cinco minutos un fusil, en sus glorias está.

Pedir en el altar la paz entre los hombres por exigencias del oficio, y al poco rato acariciar el arma que ha de quitarlos de enmedio, es la emoción más intensa que pueda sentir el que en seminario español se educó.

Felicito al cura Marcos por disfrutarla en los momentos actuales, gracias á que en España no queda ya ni noción de los deberes internacionales en los gobiernos, ni de dignidad profesional en las autoridades, ni de vergüenza en los partidos liberales, ni de arranques viriles en la opinión.

Si alguna cosa de esas hubiera, no pasarían esas otras cosas.

Páginas para la historia

El Palmar de hoguño ó te luciste, Manolo

Al saberse hace un mes el anuncio de boda de un joven ex monarca con una princesa de la Casa de Hohenzollern, corrió por las Cancillerías europeas, con unas notas de Lleó, la siguiente frase:

«Pero cómo, D. Manuel, después de tan grave herida...»

Y hasta se intentó, para evitar la repetición del caso operetesco del general inútil, celebrar una entrevista para consultar el caso con Faracón, no pudiéndose llevar esto a efecto por no encontrarse este simpático rey en su domicilio hace muchos siglos.

¡Que el buey Apis le proteja!—dijeron a la vez varios embajadores que conocen bien cómo las gastan en Tebas—, mientras otros diplomáticos, también muy distinguidos, al son de una caprichosa habanera «movían el tin-tan-ton».

Pasó el tiempo, y ya la cosa no tenía remedio: las tres viudas de Babilonia habían visitado a la princesa, imponiéndola de todo cuanto se le debe al marido, y repitiéndole por tres veces aquello: «nada, nada le debes negar»: los *trousseaux* estaban encargados; los sacerdotes avisados, y los príncipes iban de camino en dirección al templo, llevando a los novios valiosos presentes de aquí, de allá y de Portugal.

Así las cosas, hasta que Paiva Conceiro recibió un apremiante telegrama de su señor, diciéndole:

«Me caso, ya no hay más remedio. Ponte en camino y tráete la corneta. Cuando yo te avise, te cas llamándome a la guerra. ¡Maldita sea!—Manolo.»

Tocaron las músicas y el cortejo se dirigió a la capilla del palacio. Entraron en ella, y allí los sacerdotes, con arreglo a su rito, los dejaron unidos para toda la vida.

El nuevo Putifar, al recibir la bendición estaba pálido, tembloroso; su mirada, dirigida constantemente al cielo, invocaba un milagro.

«Pero hay cosas, Manuel, que aunque los dioses lo quieran!...

Y llegó la noche, y el matrimonio pasó a la cámara donde una vez más hablan de jurarse eterno amor.

Paiva Conceiro, prudentemente, lentamente, se retiró hacia el jardín con su corneta preparada. A la más ligera indicación, tres trompetazos y su señor salvado.

—¿Qué te pasa, Manolo?

—Nada, los vapores del *champagne*. Voy al jardín a ver si se me pasan estos malditos mareos.

—¡No, no salgas! ¡Siéntate aquí, junto a mí, y cuéntame algo, si, algo de amor!

—Verás. Una vez en la cercanía de Cascaes libré de una muerte cierta...

—No, otra cosa.

—Te contaré episodios de la revolución. Yo no sé más que cosas de la guerra.

—¿Y no se te ocurre otra cosa?

—Nada.

—Nada, nada!

—¡Hija, ya te lo diré claro! Que no tengo nada..., nada más que contarte!

Al decir esto, el Putifar del siglo xx se acercó al balcón y dió un golpecito en los cristales.

Paiva Conceiro se acercó la trompeta a sus labios y con toda la fuerza de sus pulmones entonó una marcha guerrera.

—¡Las trompetas tocan, mis señores me llaman, voy a la guerra! ¡Adios, encantadora princesa!

Y Putifar II salió de la habitación como alma que lleva un automóvil, dejando sola a su esposa, llena de pena y de pesar.

En el jardín abrazó a Paiva Conceiro y le dijo:

—¡Me has salvado! ¡Maldita sea! ¡Chico, que no encuentro un casto José que me saque del apuro!

Leemos en un periódico:

«*Paris 20 (2 t.)*—El *Berliner Tageblatt* reproduce, bajo todas las reservas, el siguiente despacho que ha recibido de Viena:

«Las noticias de la enfermedad de la joven esposa del exrey de Portugal han producido en los círculos de la Corte bávara la más penosa impresión. Según se dice, la princesa ha manifestado a cuantos la rodean que en ningún caso volverá a unirse con su marido.»

El Socialista

Felipe Alonso García

El día 11 del pasado hizo un año que murió en el Torno (Cáceres) este honrado, ilustrado y bravo adalid del progreso, y constante lector de EL MOTIN.

La Nueva Unión de Plasencia ha dedicado casi un número entero a honrar su memoria. De uno de sus trabajos, firmado por A. Muñoz, copio los párrafos siguientes, que retratan a aquel querido é inolvidable amigo:

«Felipe Alonso, fué un sembrador de ideales en esta tierra acotada por un fanatismo estúpido é intolerable; fué también un forjador de voluntades robustas en esta región de enclenques y deascaecidas marionetas con pantalones. Con palabra plena de lógica combatió el fariseísmo y la hipocresía, anatematizó el servilismo suicida y el acomodamiento estúpido de los canijos y febles esclavos extremeños, al rebenque y al freno medioeval obedientes; fué apóstol y taumaturgo, justador invencible, sabio sin vanagloria, artista laureado, sencillo y humilde, espejo de ciudadanos, hombre íntegro, sin dobleces, todo bondad, todo lealtad, todo desprendimiento y filantropía.

Por sus virtudes excelsas, por su consecuencia sin lunares, por su ecuanimidad y hombría de bien mereció el respeto y la consideración sinceros de sus mismos enemigos. Y esta victoria gloriosa de un carácter férreo amoldado en una tolerancia plausible, este triunfo de una voluntad indomable contra el fanatismo secular y el prejuicio de casta, fué la mejor y más gallarda de sus empresas, acaso la presencia mayor y más estimada de cuantas supo alcanzar en las lides porfiadas que siempre sostuvo como paladín entusiasta de Nuestra Madre y Señora la Libertad y como mantenedor gallardo de la Razón y la Justicia.»

Merecer esos elogios al desaparecer, es la gloria mayor a que puede aspirar el hombre que lucha por el triunfo de un ideal redentor, sin la mira puesta en el personal provecho.

La señora Religión

Serán como las dos de la tarde de sábado anterior, cuando toda gozosa y con la sonrisa de la más grande satisfacción caminaba la señora Religión por la Cuesta de Gómez, frotándose las manos en señal de estar completamente satisfecha.

Detrás de ella caminaban, algo separadas, otras dos señoras que miraban a la primera con gesto de compasiva burla.

Cuando la vieja Religión se hubo internado en los bosques de la Abadía, se le acercaron sus seguidoras y le preguntaron por el motivo de su alegría y satisfacción.

No se hizo de rogar la interpelada y les contó lo siguiente:

—Esta mañana vi un templo rebosando de gente mía; devotos míos. Después una procesión en que las calles eran insuficientes para acoger tanto religioso; todos soldados de mi ejército, y todos postrados ante mi grandza, me han proclamado la reina del mundo.

Las dos señoras le preguntaron quién era la que del mundo se creía reina y señora, y cuando les hizo saber que era la Religión, soltaron la más estrepitosa de las carcajadas.

La más física le contestó:

—Usted, señora Religión, sólo puede contar como siervos suyos el 5 por 100 de los asistentes a los actos pomposos que se han celebrado; pues de los restantes, el 70 por 100 son mis siervos más refinados.

—Y el 25 por 100 que queda, ¿a quién prestan homenaje?, preguntó la Religión con burla.

—A mí, contestó la otra.

—Pero, ¿quién son ustedes para negar que todos los que han asistido al acto no son mis en cuerpo y alma?

—Yo, dijo la que había contado como suyos el 70 por 100 de los asistentes, soy la señora *Hipocresía*.

—Y yo, dijo la otra, soy la señora RUTINA.

No se dió por convencida la señora Religión con aquel reparto en que tan poco le tocaba y se armó una discusión entre las *Tres D.* gracias, que por poco llegan a las manos.

Afortunadamente acertó a pasar por allí el señor *Sentido Común*, quien enterado de lo que discutían, citó a las tres señoras para la función que se celebraría ayer domingo en la catedral, prometiéndoles que les demostraría la verdad de todo lo que estaban discutiendo.

Efectivamente, reunidas ayer las tres señoras y el *Sentido Común* en la catedral, donde estaban los concurrentes como sardinas en el casaca, entregó las gafas de su clarividencia y entonces pudo ver la pobre señora Religión que sus sol-

dados no pasaban del 5 por 100 de los allí rennidos.

En cambio la señora *Hipocrecta* pudo cerciorarse de que sus súbditos formaban tan sólo el 50 por 100 y la señora *Rutina* se encontró con que los suyos sólo eran el 25 por 100 de los que allí había.

Preguntando al *Sentido Común* cuál era la deidad á la que prestaba homenaje aquel 25 por 100 que no eran vasallos de ninguna de las tres, el *Sentido Común* les dijo:

—Esta cuarta parte de los aquí reunidos, que ninguna de vosotras tres reconoce como suyos, son los adoradores de aquella dama; y les señaló una señora lujosísimamente vestida y alhajada que se encontraba en aquel momento en la puerta del templo.

—Pero, ¿quién es aquella señora?— preguntaron las tres á la vez.

—La *Vanidad*, contestó el *Sentido Común*, y desapareció dejando a la señora *Religión* convencida de lo equivocada que vivía.

La *Cotorrita*.

Granada.

Un presbítero hambriento se suicida

En la calle de Cortes, esquina á la de Marina, se quitó la vida, disparándose un tiro de revólver en la sien derecha, un sujeto vestido con un traje de lana negra, y botas y sombrero del mismo color, encontrándose en los bolsillos una carta en que decía que se suicidaba porque hacía 30 años que no encontraba medios de vida.

Llamábase Fermín C., era presbítero y vivía en la calle Arco del Teatro, número 13, habiéndole 5.

El cadáver fué trasladado al depósito del Hospital Clínico.

Un presbítero que por falta de pan se suicida renegando así de una de las más fundamentales leyes morales de la Iglesia católica, es un bello tema para hilvanar más de un comentario en contra de los clericales que acaban de hundirse con la podredumbre de sus ideales caducos.

Pero no queremos hacerlo, ni podemos á la hora avanzadísima en que se nos telefona el suceso.

Queremos, sí, hacerlo resaltar, porque el gesto rebelde de ese presbítero suicida, mirado imparcialmente, quizá en el fondo no quiera ser más que un bofetón dado á todos los que privan como magnates en la Iglesia que fundó el martirizado en el Gólgota.

Así es esa caluga y podrida civilización cristiana. Templos arrogantes, conventos ricos, capillas llenas de plata y oro, palacios de hombres que se llaman creyentes de Dios... ¡Y á la puerta misma, uno de sus sacerdotes tiene que quitarse la vida! ¿Quién podrá ahora citar ni creer en la parábola: «Las avecillas

del campo no se afanan por la mies, pero Dios las mantiene»?...

El Progreso.

Barcelona.

Si fuésemos creyentes...

«La Prensa ha dado, con toda clase de detalles, la información del último combate librado en el Rif.

Entre el tarrago de toda la información se ha deslizado un hecho que tal vez haya pasado inadvertido para la mayor parte de los lectores, y es el fallecimiento del coronel Génova que se ha despenado por un precipicio.

El coronel Génova tuvo una parte muy activa en el ruidoso proceso de Montjuich, y después, en 1909, cuando los procesos por la Semana Gloriosa, también intervino en ellos, pidiendo el procesamiento del ilustre republicano Sr. Sol y Ortega.

Nosotros no creemos en nada sobrenatural, y por eso no podemos deducir esa muerte trágica del poder de la Providencia...

Pero, sin saber por qué, nos hemos acordado de aquel otro juez instructor del proceso de Montjuich, el tristemente célebre Marzo, que luego murió sólo, abandonado, en un caserón de la calle de San Pablo, sin que tuviera á su lado un alma amiga y compasiva...

Ahora es el coronel Génova quien muere despenándose por un precipicio en tierra africana.

No creemos, no somos creyentes. Para quien lo sea, esa muerte puede tener tristes enseñanzas.

Leo esto en *El Progreso* de Barcelona, y admito la habilidad con que está dada la noticia.

En lo que creo que se equivoca, es en suponer que ningún clerical de los que hoy se estilan, pueda sacar enseñanzas tristes de ella.

El que más y el que menos sabe por experiencia propia que la Providencia no pierde el tiempo en premiar ni castigar á los humanos.

¿Estarían vivos muchos de ellos si no fuera así?

Que corra

Habla la prensa de Munich de una misteriosa reunión de íntimos de D. Jaime, celebrada en Frohsdorf, y en la que figuraban varios archiduques conocidos por su amistad con el hijo del *Chapa*; llegando allí el archiduque heredero, que se paseaba en automóvil por los alrededores, en el momento preciso de celebrarse el acto.

Y añade la prensa que semejantes idas y venidas y reuniones preocupan á los parlantes bávaros de D. Alfonso XIII que viven en Nymphenburg.

La creencia general, sin embargo, es que D. Jaime se mueve tanto, para ver si

seduce á alguna novia rica con el espejuelo de un trono en perspectiva.

No creo que ninguna caiga en la red, después de lo mucho que se ha hablado acerca de las aptitudes físicas de D. Jaime para el ejercicio matrimonial; habladurías que sus partidarios trataron de desvirtuar, achacándole aquel hijo de aquella cocinera; pero mucho menos, estando tan reciente el chasco que hallado la princesa Hohenzollern con el exrey de Portugal, Manolito de Braga... ¡no, de braga, no! de Braganza.

Eso de los bragas suele ser prenda de lujo para los actuales timadores de tronos.

CONSULTA EVACUADA

Jóvenes que me consultáis desde Valladolid acerca de la conducta que debéis seguir con ese D. Abraham Polanco, joven y ardoroso propagandista republicano que se ha pasado á la monarquía.

¿Qué conducta? La del desprecio más absoluto; sin perjuicio de escupir cada vez que paséis por su lado, si el asco os acomete.

No á su cara, si en algo estimáis vuestra saliva: al suelo.

Aunque tampoco, ¿para qué? El que en tan poco se tiene que hace lo que él ha hecho, siendo joven y teniendo talento, según ustedes dicen, harto castigado queda con tener que aplaudir ahora á los que antes combatió. Y que harán perfectísimamente en darle de lado, cuando le hayan puesto en la frente el hierro de la apostasía.

En vez de indignación, deberíamos sentir lástima hacia los desdichados que trafican con sus ideas.

¿Acaso no las sentimos hacia las infelices que trafican con algo menos puro, su cuerpo?

Profanación de niñas

Muchos militares y funcionarios comprometidos

La Policía ha descubierto escándalos inenarrables en Breslau (Alemania).

Son ya centenares los comprometidos en la repugnante profanación de niñas menores de edad, efectuada durante mucho tiempo en un establecimiento balneario de dicha capital.

Están comprometidos muchos militares de todas graduaciones y de familias distinguidas, y no pocos funcionarios civiles de alta categoría.

El dueño del establecimiento, que reclutaba á los infelices angelitos para entregarlos á la insaciable lascivia de su parroquia de degenerados, se ha suicidado antes de caer en manos de la Policía.

Se han hecho también justicia por sí mismos otros varios culpables.

Tanto como los nefandos delitos, solivianta á la opinión las vergonzosas influencias que se están poniendo en juego

para que aquéllos queden impunes ó solo sean castigados los más insignificantes.

Esta es la repetición de aquel escándalo de los invertidos que tanto dió que hablar hace unos años y por el cual perdieron la carrera varios conocidos millares alemanes, entre ellos un príncipe.

La opinión reclama que se haga justicia.—C.—

Después de leer el anterior telegrama en *España Nueva*, me explico perfectamente las negociaciones entabladas entre el Vaticano y Alemania para que vuelvan á establecerse en aquel imperio los jesuitas.

Nación donde la inmoralidad alcanza las proporciones que allí, reclama á toda prisa la presencia de los maestros en toda inmoralidad.

La carne podrida atrae fatalmente á los cuervos y á los buitres.

Párroco inocente

El párroco de Santa Ana de Sevilla ¿qué sacerdote tan bueno y cómo se interesa porque el templo donde alaba á Dios y se agencia los garbanzos, se distinga de todos por su lujo y magnificencia! Orgullosos deben estar con él los fieles de la parroquia.

¿Pruebas de lo que digo? Allí va una.

Las colgaduras del dosel del altar mayor eran de terciopelo granate, pero muy viejas. Unos señores le ofrecieron cambiárselas por otras nuevas, con lo que no perdería nada la fastuosidad del culto, y en cambio podrían ingresar algunas pesetas para la fábrica. Nadie habla de conocer la sustitución y hasta resultaría una positiva ventaja para la parroquia.

Incautamente cayó el infeliz párroco en la red que le tendían los marchantes, y por su cuenta, y sin consultar á nadie consintió en lo del cambio, recibiendo la cantidad de 1.500 pesetas.

La entrega de las colgaduras se hizo el día 9, y todavía ¡ay! no se han recibido las nuevas, á pesar de que prometieron poner en ellas los mismos galones de oro que tenían las antiguas.

Un redactor de *Figaro*, al tener conocimiento del hecho, visitó el día 14 al párroco, señor Guerra Calzadilla, el cual «se mostró afectadísimo, (¡pobre señor!) al enterarse del mérito de las colgaduras.» ¡Es tan inocente que, no había caído en la cuenta de que, dándole otras nuevas y 1.500 pesetas encima, las colgaduras del altar debían tener algún mérito!

Convencido de su error, dispuso el día 15 que se buscara á los compradores, y parece ser que la divina Providencia no ha consentido hasta ahora que les echen la vista encima.

Compadezco á ese excelente y cándido sacerdote por los malos ratos que su conciencia le estará dando.

Si no hubiera trascendido nada al público, ella, ¡la escrupulosa!, fincaría tan tranquila y sosegada...

Mientras que ahora estará insufrible de puro intrasigente.

Las conciencias clericales suelen ser todas de ese corte.

Carta sucia

El corresponsal de EL MOTIN en Yecla me envía la siguiente carta que ha recibido del administrador de un periódico titulado *El Fusil*, carga aleve, puesto que se titula *radical*; si bien modesto en demasía, puesto que se dice *órgano oficial del sentido común*, teniendo perfectísimo derecho y méritos suficientes para honrarse con el título de *órgano oficioso de los retrétes*.

Su carta dice así:

Madrid 15 Septiembre 1913.

Sr. D. Juan Antonio García.

Yecla.

Muy señor mío: En mi poder su grata, debiendo manifestarle que la supresión del paquete ha sido debida, al acuerdo entre nosotros de no dar á vender *El Fusil* á quien tiene también *El Motín* y otros por el estilo; sin embargo he de tener la satisfacción de decirle que en cuanto á honra de administrativa, estamos muy satisfechos por haber hecho todos los pagos con puntualidad.

Aprovecho gustoso esta ocasión para ofrecerme de usted atto. s. s. q. s. m. b.,
El Administrador.

Felicito al corresponsal por el ahorro de jabón que va á tener en adelante.

No teniendo que tocar ese papel porquería clerical, no tendrá en adelante que lavarse con tanta frecuencia las manos

La Beneficencia oficial

Datos que saco de un artículo publicado en *La Correspondencia de España* por un señor Latorre referentes al Hospital Provincial, y que demuestran que el ser pobre es la ganga mayor que puede disfrutar el hombre en la tierra:

«De la investigación que nosotros hemos hecho resulta que, á causa de encontrarse disfrutando licencia la mayor parte de los médicos de la Beneficencia provincial, hubo necesidad de acumular la visita de éstos al trabajo que realizaban los pocos que quedaron en Madrid, y así se daba el caso de que el profesor que tenía á su cargo la visita de la sala 30, se encontraba con la obligación total siguiente en contra, además de lo preceptuado por el reglamento:

Visita de las salas 31 y 32, con ochenta enfermos; la 25, con veintisiete; la 40, con treinta, y la 30 con cuarenta. Ante esta enormidad de labor, que acusa una organización del servicio desdichadísima, el profesor, que no se avenía á pasar visita á los 175 enfermos de cualquier modo, en tanto él examinaba las otras salas concienzuda y reposadamente, como debe hacerse, envió á la sala 30 á su alumno interno ayudante, muchacho inteligente, que, por llevar bastantes años en el Hospital y encontrarse próximo á la terminación de su carrera, le merecía absoluta confianza para que se informase de las novedades que ocurrían.»

«No comprendemos cómo, existiendo un reglamento que prohíbe disfrutar de licen-

cia á más de la quinta parte de los profesores, se ha consentido la ausencia de casi todos, hasta el extremo que ahora mismo, á últimos de Septiembre, no pasan visita más que cinco médicos de número: dos de especialidades, dos de Medicina general y uno de cirugía.»

Esos médicos que piden licencia en verano cargando á sus compañeros un trabajo al que no pueden humanamente atender, tienen del sacerdocio de la Medicina la misma idea que los clérigos del de la religión. Con una agravante: la de que el cura puede muy bien distraerse en llevar la salud del alma á los moribundos, por no estar convencido de la eficacia del remedio, mientras el médico sabe que su abandono ó su ausencia puede acarrear la muerte del enfermo. Por algo fui siempre enemigo de todos los sacerdocios que se ejercen por oficio.

No hubiese estado demás que ese señor Latorre hubiera publicado los nombres de los que, sin causa justificadísima, han abandonado el cargo, por si algún día se propasaba alguno de ellos á encomiar el sacerdocio de la Medicina, poderle contestar:

«¡Embustero! ¡Farsante! Si no te cuidas de los enfermos pobres cuando te pagan por curarlos ¿qué no harías si tuvieses que asistirlos por caridad?»

EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS

¿A quién pertenece la caseta aquella de bebidas espirituosas, instalada en el real de la feria de Bollullos (Huelva) donde con tanto fervor se apitiman aquellos ciudadanos?

—A la Hermandad del Señor de la Vera Cruz.

—¿Es posible?

—Como usted lo oye. Dicen los socios-camareros, que el producto se destinará á comprar al Cristo varios chismes y otras cosillas que le hacen falta.

—¡Ah! si es con tan santo fin... ¡á emborracharse, creyentes, á emborracharse! El fin justifica los medios.

Y los cuartillos.

LIBRO NUEVO

Poesías festivas anticlericales

de renombrados autores
PRECIO: UNA PESETA

El P. Miguel Mir

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 203 páginas, UNA peseta.

EL MOTIN



SEGUN POR DONDE SE MIRE

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior	5554'28
Juan Gimenez (Cherta)	0'30
Vicente Blasco (Sagunto)....	2'00
Santos Alvarez (B Aires)....	15'00
Agustín Olózaga, 2'00.—Casi- miro Olózaga, 0'50.—Cristó- bal Bonilla, 2'00.—Cristóbal Romero, 0'50.—Feliciano Ta- lavera, 0'10.—Francisco Artil- lez, 0'50.—Francisco Izquier- do, 1'00.—Francisco Santana, 0'50.—Juan Gil, 0'50.—Juana Moreno, 0'50.—María Talave- ra, 0'50.—Patricio Pérez Estu- piñan, 1'00.—Patricio Pérez Moreno, 0'50.—Rafael Soco- rro, 0'50.—Rafael Socorro Ta- lavera, 1'00.—Félix Pino, 0'50 (Todos de Telde (Canarias))	12'10
Miguel Clavell (Barcelona)...	2'20
Manuel Quintana (Las Pal- mas).....	10'00
Suma y sigue	5595'88

Remitido

El director del semanario de Granada, *La Cotorra*, ha recibido el siguiente:

«Distinguido amigo: En nombre de todas las beatas y el mío, ruego á usted se digne hacer público en su popular semanario, la satisfacción y el júbilo que llena nuestros corazones en estos días al vernos reunidas, como jamás lo estuvieron beatas de ningún tiempo, con tantos obispos, canónigos, curas y frailes y más frailes, que son los que dan animación y alegría á todas nuestras reuniones. De aquí á la gloria y en la gloria un agujerito para estar viéndonos aquí, señora *Cotorra*.

Y todos nuestros hermanos en Jesús ¡qué gordos y qué hermosos! ¡Qué buenos ejemplares han venido también de fuera! Cualquiera diría al verlos que no pasan trabajos ni mala vida. Lo que tiene es que son santos y benditos de Dios, y los apuros todos, las fatigas y malos ratos que sufren les hacen engordar, y que rabien Nakens, Pey Ordeix y otros. Nosotros, que los conocemos íntimamente, podemos asegurar que la tierra es valle de lágrimas y de espinas solamente para nuestros queridos hermanos en J. ¡Y qué indignación nos produce cuando vemos la falta de justicia con que les llaman *bribones* y *holgazanes*, porque comen y no trabajan! Pero si ellos no han nacido para trabajar; si al hacerse frailes quedan excluidos de ese precepto divino. ¡Además, ellos se las apañan pidiendo, con mucha vergüenza, en todas las casas ricas y así van saliendo con honradez y como Dios manda; y si es verdad que emplezan con un altarico y acaban con un magnífico

templo, es porque les ayudamos nosotros, y diganlo si no los PP. Redentoristas, Agustinos, hermanitos de San Rafael, etc., etc., que vinieron descalzos y sin ropa y hoy tienen todo cuanto pueden desear en su modesta ambición.

Los envidiosos nos dicen que todo se lo damos á los frailes, y así es la verdad; pero también ellos nos alcanzarán la gloria, que á usted también desea en unión de todos sus cotorrillos,

LA BEATA DEL TOCÓN

Un señor Zerolo Herrera, que es republicano ó pasa por tal, ha escrito una poesía para se leyera en la velada sacro-literario-musical que se ha celebrado en la ciudad de La Laguna con motivo de la inauguración del templo católico levantado allí.

Otro de esos ciudadanos que con fines personales pasan por republicanos siendo sucios clericales.

Pater noster por su alma

El sacramento del bautismo

En el centro minero de Zalamea hay varias aldeas sin iglesia.

Un trabajador tiene que bautizar á un niño, llega á Zalamea á las siete de la mañana, y á las cuatro de la tarde no ha logrado que el padre de los pobres (vulgo cura) moje el occipucio al chico.

Verdad es que existía una razón poderosa: no habla llevado ni un céntimo, por la sencillísima razón de no tenerlo.

Por si mis lectores no lo saben, les diré que el bautismo es un sacramento, y, como tal, debe administrarse gratis.

Y que no debe producir siempre los efectos maravillosos que nos cuentan; por que yo, aunque me esté mal el decirlo, estoy bautizado.

Y sin embargo...

Llovía.

Por todo lo dicho, opino que hizo mal el trabajador aquel en no dar doble derecha hacia su aldea al primer obstáculo que le puso el respetable ministro del Señor.

TORPEZA O CANDIDEZ

El farmacéutico de Illescas estaba el 21 del mes último acompañado de un joven en una calle del pueblo de Ugena.

Pasa una procesión; ellos se comportan cortés y respetuosamente, pero el párroco se fija en que el joven tiene un cigarro en la mano, se arranca hacia él y lo increpa con palabras y ademanes incorrectos.

Y el comunicante se queja, más que del hecho, de que lo realizara el humilde siervo de Dios sin ningún detalle de buena educación.

¡Oh farmacéutico ex'gente ó cándido! Si dices que quien realizó el acto aquel

es cura, ¿para qué mezclas en el relato la palabra educación?

No deben pedirse peras á los olmos, según reza el antiguo adagio.

El Señor se lo premie

Hace cinco años se estableció en Tomelloso un colegio de segunda enseñanza, que el Ayuntamiento subvencionó con 3.000 pesetas anuales.

Con esta subvención la juventud estudiosa y pobre recibía educación; pero los caciques, para dar en tierra con la institución, suprimieron la mitad de la subvención otorgada, y poco después la otra mitad.

¿Para qué? Seguramente para dársela dentro de poco á unos frailes que tratan de establecerse en Tomelloso.

El señor de cielos y tierra les premie su buena intención, haciendo que en cada fraile encuentren sus hijos un padre y un manantial de dulces consuelos sus esposas.

Bibliografía

Mi Patria y mi dama, poesías de Juan Luis Cordero, con un prólogo de Cristóbal de Castro.

La Casa Editorial Maucci, de Barcelona, se ha propuesto difundir con este volumen el nombre de un poeta de la nueva generación, que merece ser equiparado con los predilectos de las musas españolas.

Juan Luis Cordero, encomiado ya por la crítica en anteriores libros, es un poeta todo inspiración y voluntad que desde la humilde condición de obrero manual ha sabido escalar las cimas de la fama, logrando justo renombre en su patria chica, Extremadura, renombre que con este admirable libro se extenderá por toda Hispanoamérica.

Consta este libro de 302 páginas, excelentemente impresas en papel superior, con hermosa cubierta en colores; avalorando el texto, el prólogo y epílogo, respectivamente, de Cristóbal de Castro y Luis de Armiñán.

Precio de la obra, dos pesetas en las principales librerías de París, España y América.

Poetas escogidas de Manuel Machado, con un prólogo de Miguel Unamuno.

Gracia, frescura, versatilidad, son las cualidades maestras de la poesía de Manuel Machado. En ociones, un acento de honda sinceridad; en otras, una agudeza de visión colorista le lleva á realizar, sin más que unos cuantos toques característicos y menudos, una sorprendente acuarela: *La fiesta Nacional* es insuperable muestra de rapidez perceptiva, de anotación cálida y palpitante.

La Casa Editorial Maucci que lo acaba de publicar, al precio de dos pesetas.

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta.

Cara y cruz

I

En el confesionario

—¿Y dice usted que han sido tres veces?

—No recuerdo bien si han sido tres veces ó cuatro; pero me parece que han sido tres.

—¿En sólo quince días?

—Poco más ó menos, sí, padre.

—De modo que de aquí se deduce que el estado de viuda es para usted muy peligroso, dado su temperamento, así, tan, tan... No sé cómo decirlo.

—Padre, reflexione usted que hace cuatro meses largos que murió mi esposo; yo estaba acostumbrada á mucho cariño, y esta soledad y esta tristeza me matan y no me dejan gusto para nada.

—Sí, sí, ya lo veo... Pero usted ya sabe que esto es un pecado, que esto lo prohíbe nuestra santa religión...

—Padre, son cosas de la misma naturaleza... Tengo sólo treinta y dos años...

—Cáese usted.

—No puedo, porque perdería las rentas que me dejó mi esposo con esta condición expresa...

—Pues hija, la verdad, no se qué decirle... Luego, si guardara usted siquiera las formas... Pero se ve que no reflexiona usted, y al primero que se presenta, pues allá va... Porque usted dice que esas tres veces han sido tres personas distintas...

—Sí, padre.

—Pues, hija, por ese camino no se como acabará usted... Sea usted cauta y prudente... Un día puede usted tropezar con un cualquiera, con un canalla... Ya que esto no lo pueda usted evitar, busque una persona de apomo, discreta, que tenga que perder, que no pueda dar escándalo... Díos que ve las miserias y debilidades del humano corazón echaría un velo compasivo sobre estas flaquezas... Piénselo bien. ¿Vive usted sola?

—Sí, padre.

—La vejeidad, ¿es buena gente?

—Mucho: nadie se mete en las cosas de otro.

—Muy bien, muy bien... Yo, la verdad, quisiera hablar con usted un ratito de estas cosas con más amplitud que aquí... Ahora no puedo detenerme más porque he de celebrar el santo sacrificio... ¿Dice usted que vive en la calle de la Libertad?

—Sí, padre, en el 15, 3°.

—¿Estará usted en casa mañana á las cinco?

—Yo creo que sí.

—Pues entonces...

II

En la sacristía

—Gachó, yo creí que no acababas nunca. Te has estado una hora de palique con la viuda. ¿Se va madurando la breva?

—Está al caer... Me parece que de mañana no pasa... Aquello es un volcán.

—¿Qué suerte tenéis! A mí nunca me sale nada bueno...

—Vamos no te quejes que D.ª Tomasa la del estanquero no era costal de paja...

—Sí, pero duró un relámpago... Se atravesó aquel jefe de la remonta...

—Y te desmontó. ¡Jil! ¡Jil!

—Y éta, ¿tiene monises?

—Creo que sí... ¡Chicol! ¿Qué haces hay parado como un papanatas? Prepara el recado para celebrar, que van á dar las diez.

—Ya está, D. Celedonio.

—Bueno, chico, voy á revestirme para la misa... Ya hablaremos mañana... *Lababo inter innocentis manus meas...*

—Oye, cuando te cansees, acuárdate de mí y transmíteme la ganga...

—¡Jil! ¡Jil! ¿Qué cosas tienes! ¡Chico, dame el amito! *Impone, Domine, capiti uno galeam salutis...*

FRAY GERUNDIO

PENSAMIENTO

Si el Dios que exige de nosotros la fe no quiere que nos decidamos conforme á nuestra razón ¿en qué forma pretende, pues, que se opere nuestra elección? ¿Conforme á los usos, á los azares de la raza ó del nacimiento, conforme á no se sabe cuál cara ó cruz estética ó sentimental? ¿O bien ha puesto en nosotros otra facultad más elevada y más segura ante la cual el entendimiento tiene que ceder? ¿Dónde está ella? ¿Cuál es su nombre? Si ese Dios nos castiga por no haber seguido ciegamente una fe que no se impone irresistiblemente á la inteligencia que él nos ha dado, si nos castiga por no haber hecho, ante el gran enigma que él nos impone, una elección que es repudiada por lo que ha puesto en nosotros de mejor y de más semejante á él mismo, nada tenemos que contestar; somos las víctimas de un juego cruel é incomprensible; somos la presa de una trampa espantosa y de una inmensa injusticia; y fueren cuales fueren los suplicios con que nos anade, ellos serán menos intolerables que la eterna presencia de aquel que es su autor.

MAETERLINCH

INOCENCIA

Todo en aquel hogar era alegría, todo era paz. Cierta que no había grandes comodidades ni lujos, pero sí en aquella casa tan pequeña se respiraba alegría. Aquellos dos nobles ancianos veían deslizar su existencia tranquilamente. Buenos por naturaleza, soportaban los reveses de la vida, como dos buenos cristianos que esperan la recompensa más allá. Sólo sus ojos se llenaban de lágrimas, cuando alguna vez pensaban que la muerte pudiera cortar el hilo de su existencia, y no por el miedo que á la muerte le tuvieran, sino por dejar sola

y desamparada á aquel angel, á aquella inocente que con tanto cariño y tan solícitos cuidados habían criado, y que con tanta locura querían.

Inocencia, aquella hermosa criatura, aquel angel sonrosado lleno de salud y alegría; aquella niña tan inocente, tan pura, era el encanto de aquel hogar. Nunca su pensamiento pudo dar cabida á una sola idea que no fuera pura; las vanidades é hipocresías del mundo, para ella no existían; ella no sabía más que querer mucho á sus viejecitos, como ella les llamaba.

Muy temprano de un hermoso día del mes de Mayo, un movimiento inusitado se notaba en aquel hogar, por lo general tranquilo; algo extraordinario sucedía. Los dos ancianos lucían sus mejores galas, pues iba á cumplirse uno de los deseos más vehementes de su vida. Su hija Inocencia iba á recibir aquel día el sacramento de la Confirmación. Todo estaba arreglado. A las seis de la mañana tendría lugar la confesión con el Padre Manuel, aquel jesuita tan famoso, que predicaba tan bien durante la Cuaresma sobre el sacramento de la confesión.

¡Qué hermosa estaba Inocencia aquella mañana, con su traje blanco como la nieve! Un velo cubría su cara de virgen, lo cual, junto con aquel candor é inocencia tan peculiar en ella, le hacían parecer una deidad.

Llega la hora. La Iglesia, bien repleta de fieles, luce aquel día sus mejores galas: miles de luces encendidas en el altar, hacen un ambiente de respeto y recogimiento. La puerta de la iglesia se abre para dar paso á Inocencia acompañada de sus padres, los cuales no caben en sí de gozo, al ver que su hija iba á ser un nuevo soldado en el ejército de Cristo.

El padre Manuel está en su puesto, Inocencia llega al reclinatorio, y con santa resignación se arrodilla... Principia la confesión...

Se acabó la ceremonia. ¡Cuán contentos van todos! Todos menos Inocencia, que va cabizbaja y pensativa. Los padres no se explican aquel cambio tan repentino, pero creyéndolo recogimiento, no hacen caso y la dejan.

Todo cambió. Han pasado algunos meses. Inocencia está gravemente enferma. ¿Qué le pasa? Nada le duele, de nada se queja, pero en cambio, adelgaza, tiene fiebre. Sus padres están desesperados. ¿Qué hacer? Llan al médico. Aquel señor de cara noble y venerable, hace un gesto de desagrado cuando ve á la enferma. El ya conoce la enfermedad. No la duele nada, no hay nada para curarla, es una enfermedad moral, está en el alma. Receta un calmante y se va.

Pasan algunos días. Inocencia empeora. Hacen llamar al médico y el pobre señor, con lágrimas en los ojos, le dice al padre, que aquel angel se muere, que aquella existencia se apaga, en fin, que no hay esperanza. ¡Golpe terrible! El pobre padre casi se desvanece, pero en medio de su dolor, como todo buen cristiano, encuentra un lenitivo: si Dios lo quiere, que se la lleve, pero al menos que vaya confesada.

En aquella a'coba reina un silencio sepulcral. Una pobre anciana, sentada á la cabecera del lecho, vierte un torrente de lágrimas, un anciano se pasea nerviosamente, aguantando las lágrimas que pugnan por salir de sus ojos, y en aquel lecho hay un angel, sí, un angel, pero del color amarillento de la cera, los párpados cerrados, la respiración casi imperceptible;

aquella vida se apaga, aquella existencia muere.

Se oyen pasos. Es el confesor que llega, es el Padre Manuel. Sale el anciano á recibirle, y al entrar, le señala el lecho. La enferma abre un poco los ojos, y al ver al sacerdote, un grito de desesperación, un grito del alma, sale de su boca: ¡Váyase, no quiero!

Todos creen que delira. El anciano se acerca al lecho, y con voz cariñosa, le dice: ¡Hija mía, si es el Padre Manuel que viene á confesarte! ¡Infame!, dice la enferma con voz entrecortada. ¡Salga de aquí, que yo con mi inocencia vivía feliz hasta el maldito día en que fui á confesar, y con sus palabras y preguntas inoportunas me hizo aprender lo que yo no sabía; perdí mi inocencia, y la pérdida de mi inocencia me mata! ¡Adiós, padre mío no puedo más!

Murió. En aquel momento entra el médico, el que al encontrar un cadáver no habiendo visto al sacerdote, dice: ¡Pobre angel, la han matado!

—Pero, ¿de qué murió, doctor?—dice una vecina que acaba de entrar.

—No puedo decirlo. El secreto profesional me lo impide.

—Comprendido.

Todos vuelven la cara, pero... el fraile se había ido.

P. J. BRUZON

Rayos devotos

Cayó una chispa eléctrica en la cúpula del cimborrio de la ermita de la Virgen del Camino, en Cambrils, abriendo un boquete de unos tres metros de largo por uno de ancho, siguiendo después por la cuerda de la campana, que es metálica, y llegando hasta el comedor de los ermitaños. Como no se hallaban en él, no han podido los clericales atribuir á milagro su salvación.

¿Qué dirían ustedes si yo les dijera que se me van haciendo simpáticos los rayos por lo devotos que me resultan de algún tiempo acá?

No se dan una vueltecita por la tierra que no visiten algún templo.

Nada, nada; hay que convencerse.

El sentido común se abre paso hasta en las chispas eléctricas.

La democracia en automóvil

—La emancipación de los trabajadores y la desaparición de toda clase de privilegios, ha de ser obra de la clase trabajadora.

—¡Caracoles! ¿Y cómo se obrará ese milagro?

—Muy fácilmente: llevando á los municipios, á las diputaciones y al Parlamento hombres honrados que uno á uno vayan quitando con leyes nuevas los privilegios que hoy existen.

—¿Y cómo se llamarán esos hombres?

—Demócratas.

—Pues ya que me hablas de demócratas, voy á contarte una cosa fresquita.

—¿Algún chanchullo?

—Escúchame. La diputación de Vizcaya acaba de tomar un acuerdo por el cual se adquirirá un automóvil para el servicio de los señores diputados cuando vayan en comisión. ¿No te parece un lujo lo del automóvil en una provincia como ésta que está tejida por redes tranviarias y ferroviarias?

—Ya lo creo que sí. Como que el automóvil costará anualmente entre chéfer, gasolina, cubiertas y otras cosillas, unas diez mil pesetas, más el coste del carruaje, que será un buen pico.

—Pues bien: eso que tú y yo consideramos un lujo superfluo, ha sido votado por los demócratas.

—¿Qué me dices? ¿Y el compañero Prieto se ha mostrado conforme?

—Ni más ni mangas. Mañana pedirán un aeroplano y al día siguiente un Zeppelin... Y si con esa democracia piensan abolir los privilegios, ¡apañados estamos de ropa limpia!

—¿Habrá evolucionado á la inversa?

—No me digas. Será que se les ha pegado el pañal. ¿No sería más justo que esos miles de pesetas se emplearan en las ruedas del coche del Hospital, cuyos neumáticos se suprimieron por razón de economía? A esos señores demócratas, por lo visto, les importa muy poco que los heridos y enfermos se desconjuntan los huesos en ese carruaje infernal, mientras sus democráticas personas se recrean en lujoso automóvil. ¡Ni que tuvieran que asistir á un parto ó apagar incendios, para buscar tanta rapidez! ¿Cómo os gusta luciros, amigos!

—Sí, muchas comodidades para ellos; y el pueblo, que pague y reviente de asco.

¡Oh, democracia querida, quién te ha visto y quién te ve, en automóvil metida y antes andabas á pie!

¡Desengaños de la vida!

La Barredera

• Bilbao.

A 15.000 ejemplares ascienden las tres ediciones de las tres series de «Diálogos catequísticos» publicados por el presbítero Peña, costeadas por un católico.

Católico que aspira á ganar el cielo, envenenando las inteligencias en la tierra.

Porque tendrían que leer los tales *Diálogos*.

¡Haga usted favores!

Los periódicos clericales vienen furiosos, porque un concejal del ayuntamiento de Lisboa ha propuesto que se mude el nombre de las calles que lo lleven de santos.

¡Estúpidos! Deberían aplaudir y apoyar esa medida, para evitar *quid pro quos* y epigramas sangrientos.

Como estos, por ejemplo:

Que en una calle que llevase este nombre: *Once mil vírgenes*, hubiese diez ó doce casas de prostitución.

Que en otra llamada *Son Casto*, radi-casen tres ó cuatro conventos de tralles.

Que en otra titulada *San Francisco de Asís*, se alzase un palacio episcopal.

Etcétera, etcétera.

¡Qué romos de entendimiento y qué ingratos son los clericales!

Ni comprenden ni agradecen.

La engañifa de Lourdes

Los negociantes de Lourdes publican un boletín que se titula *Maravillas de Lourdes*, y en éste ha aparecido recientemente el balance del establecimiento, correspondiente al año 1912.

De ese balance entresacamos los siguientes datos, que es útil divulgar para ayudar en su negocio á los explotadores del agua y de los tontos:

Encargos de oraciones hechos por peregrinos devotos para obtener gracias, dos millones.

Enfermos que se metieron en la piscina de Lourdes, con la esperanza de salir curados, 130.050.

Botellas de agua expedidas á petición de enfermos que no podían ir hasta Lourdes, 144.300.

Obtuvieron gracias señaladas, por las que manifestaron su gratitud con *ex-votos*, 655 enfermos.

Fueron comprobadas, 101 curaciones.

Lo que no publican los comerciantes en agua, es el dinero que entró en su caja durante el año. Porque los dos millones de postulantes debieron dejar lo suyo, y los 130.050 enfermos que se pusieron á remojo en la piscina, también aflojarían la misma, y las 144.300 botellas no serían regaladas seguramente.

El dato más significativo es que los administradores de la Virgen acuática no se quejan de los ingresos.

Mirándolo por el lado de las curas realizadas, el año 1912 ha sido un verdadero fracaso. Véase:

De 130.050 enfermos que se bañaron en la piscina, y de lo menos 144.300 que recibieron una botella milagrosa (teniendo en cuenta que de una botella puede salir por lo menos un milagro), es decir, de 274.350 enfermos, resultaron curados 101. De manera que de cada 2.743 enfermos que se humedecieron con agua de Lourdes, sólo uno pudo curarse, y 2.742 se quedaron como antes, aunque mas ligeros de pesetas.

Y si hablamos de las gracias pedidas y concedidas, tendremos: se pidieron dos millones y resultaron concedidas 655, que se sepa. Lo cual da una proporción de unos 3 por 1.000. Bien poco, por cierto.

No hay para ufanarse, pues cualquier charlatán de plazuela hace mayor número de curaciones que las hechas por la Virgen de Lourdes.

Pero mientras haya tontos no faltarán listos que los desplumen como á gansos.

La Democracia

León.

ARTÍCULOS FIAMBRES

La causa del mal

Se va extendiendo la moda de echar sobre la masa del republicanismo las culpas de los que tienen el deber de organizarlo, prepararlo é impulsarle.

«Que si el pueblo no responde; que si el pueblo no hace; que si todo se quiere que lo haga el jefe...» Esto se oye á cada paso, y á eso debe contestarse:

«El pueblo no responde, porque no se le llama; no hace, porque aguarda órdenes; y sólo pide al jefe, que sea jefe para algo más que para la lucha electoral ó hacer servir de comparsas de la monarquía en las Cortes á los diputados á sus órdenes.»

Si los jefes anteriores á 1868 hubieran obrado lo mismo, no se habría hecho la revolución de Septiembre.

Entonces había hombres para quienes la honra era antes que la vida, la patria antes que el interés propio, la convicción antes que la conveniencia; que luchaban por sus ideales sin reparar en los resultados; que calan para levantarse más fuertes; que no transigían con los enemigos, ni pactaban con ellos, ni les ayudaban nunca; hombres de corazon y de empuje, constantes en sus propósitos, tenaces en sus empresas, y á quienes los obstáculos podían detener, nunca abatir.

Entusiasmo, virilidad, valor, todo lo tenían aquellos que hicieron la revolución de Septiembre; y para colmo de grandeza, sentían además una ambición desmedida que los espoléaba para llegar, á fin de poder desde la altura torcer hacia cauces más anchos el curso de los destinos de la patria.

Ea cambio hoy...

Hoy todo se pesa, se mide y se cotiza por los hombres que están en la altura, llámense monárquicos, llámense republicanos; lo mismo el valor que el talento, el patriotismo que la dignidad. No hay fe, no hay ideales, y lo mismo se disculpa una inmoralidad que una apostasía; igual consideración merece el leal que el traidor.

La feria de conciencias que abrió la restauración sigue cada vez más concurrida; se respira una atmósfera malsana de enervamiento y afeminación; los conservadores se empeñan en pasar por liberales, y los revolucionarios por nombres de orden; aquéllos desean tomar medidas represivas y no se atreven; éstos amenazan con hacer y acontecer, y no sacrifican un pelo de su cabeza ni un ochavo de su bolsa, y creen cumplir con su deber saliendo en peregrinación por esas poblaciones, á usanza de sacamuelas ambulantes, á recibir ovaciones que obtiene cualquier mal torero de invierno.

Se venden benevolencias por distritos, se pronuncian discursos de oposición convenidos, se aitan los republicanos con los clericales...

Hay quien tiene un arma para disparar contra su enemigo, y la deja oxidar;

quien posee un sable, y lo despunta y lo mella; quien se le ocurre una frase que aplasta, y la desvirtúa envolviéndola en el velo de la retórica; es decir, que no hay ni caracteres, ni energías, ni entereza; que todo es artificioso y falso, y que casi todos los hombres de influencia que hoy intervienen en la cosa pública, son, no hombres, sino mujeres; aunque no, ni esto; mujerzuelas,

Esta, esta es la causa de los males que sufrimos; y por esto el partido republicano, es decir, la masa, permanece quieta. ¿Cómo va á moverse sin organización, sin medios y sin dirección?

1906.

La última tentativa

¿Que hablar como lo hago, sólo sirve para desorganizar? Pero, qué, ¿se enteran ahora? ¿cuando aspiré á otra cosa, desde que me convencí de que no llegaríamos á parte alguna por el camino que vamos?

Desorganizar, para organizar; este es mi lema desde hace tiempo. Desorganizar lo deficiente, lo inútil, lo fijo, que yao está por sí desorganizado, para organizar lo verdadero, lo poderoso, lo incontestable.

¿Etorbaban ayer los jefes para traer la República? Abajo. ¿Lo impiden hoy los programas? A tierra.

¿Acusa esto falta de fe? Todo lo contrario. Precisamente por saber que el partido republicano tiene grandes condiciones de vitalidad, (como lo prueba el que no hayan conseguido matarlo tantas pequeñeces), es por lo que procuro que cambie de rumbo.

No ha triunfado ya, porque le sobran preocupaciones ridículas sobre principios y conducta; porque ha hecho de incidentes baladíes puntos fundamentales; porque ha encerrado grandes aspiraciones y potentes arranques en los moldes estrechos y agrietados de fracción; porque la plaga de los consecuentes inútiles se ha impuesto á los hombres de ideas amplias y fecundas; porque hasta ahora no hemos encontrado uno de poderosa iniciativa, ni tenido más que doctrinarios y formulistas, necesitando revolucionarios y hombres de Estado.

Por esto estamos á estas alturas sin rumbo ni brújula, entreteniéndonos en discusiones ociosas, tranquilos los unos, indignados los otros, apáticos los más. Y como no podemos seguir así, no seguiremos.

El partido republicano está ya cansadísimo de sufrir desengaños; de sostener luchas infecundas y sin grandeza; de esperar en vano que se le exijan sacrificios; de elevar hombres que no respondieron á la confianza que en ellos depositó ni á la honra que les concedió; de oír promesas que no se le cumplen; de asistir á pugilatos de principios, en vez de realizar actos que lo lleven á desarrollarlos; le da ya náuseas oír hablar de Directorios, de Juntas, de Comisiones, de Comités...

Así, ó á darle lo que quiere y necesita, organización nueva, potente y verdadera, ó á morir los caballeros. Si fracasa esta última tentativa, ya podemos echarnos en remojo.

1902

La madre del cordero

Los republicanos perdemos el tiempo en teorizar, ó en discutir si debemos ó no hacer esto ó lo otro, ó si el derecho permite ó no tal cosa, en vez de ejecutar los actos que sean de necesidad y de justicia.

Cuando el criado cortesano de «La vida es sueño» le dice á Segismundo que no podía ser que ejerciera violencia sobre él, Segismundo le coge, lo alza, y lo arroja al espacio, exclamando:

Cayó del balcón al mar

¡vive Dios que pudo ser!

Pues bien; sin preocuparnos de cuestiones de derecho (cuestiones de derecho tratándose de una revolución) imitemos á Segismundo.

¿Por qué, sabiendo esto, como lo saben los hombres que están al frente de las fracciones republicanas, salen siempre por ese registro? Porque no quieren decir, ni lo dirán nunca, que tienen un miedo terrible á la revolución. Son demócratas, son republicanos, y desearían que la República viniese; pero sin violencias, sin más trastornos que los indispensables en todo cambio de régimen. Y como comprenden que esto no puede ser; como saben que la República se alzarará sobre las ruinas de todo lo viciado y lo podrido, y que esas ruinas hay que nacerlas con la piqueta revolucionaria, de ahí su miedo.

Triste es que haya de ser así, mas no puede ser de otro modo. Todos quisiéramos que las injusticias y los crímenes sociales se trocaran en bienandanzas por el sólo impulso de la voluntad colectiva; pero como no es posible, hay que resignarnos á mover violentamente las ruedas de la máquina del progreso.

Esta diversidad de criterio en punto tan capital, es la que hace que no podamos entendernos los republicanos.

Los de arriba quieren una República que respete los derechos de las clases conservadoras. Los de abajo una que barra todo lo injusto, sin detenerse ante la formidable muralla de los derechos adquiridos.

Ellos se fijan mucho en los intereses creados á la sombra de la ley. Nosotros en los que deben crearse á nombre de la justicia.

Ellos quieren legislar en las Cámaras. Nosotros en «La Gaceta». Las primeras Cortes deberán reunirse luego, exclusivamente para dar fuerza de ley á lo ya decretado.

Ellos desean armonizar todos los intereses. Nosotros que desaparezcamos los que lesionen el derecho á la vida de la colectividad.

En suma: Ellos se contentan con la

República. Nosotros queremos antes la revolución.

1901

Verdades á cuenta

Son tantos los republicanos que piensan con el cerebro de su jefe respectivo, que no apoyarían iniciativa alguna de nadie sin su orden ó beneplácito.

Se oye decir á todos, y á menudo: «¡Si saliera un hombre nuevo!»... Pero ¡ay de él si saliera! No hallaría apoyo en ninguna parte. Sólo en el caso de triunfar á despecho de todo, encontraría partidarios á millares.

Lo primero que le contestarían sería lo siguiente: «Nos parece bien lo que usted intenta, pero nosotros no podemos ayudarle sin faltar á la disciplina de partido.» «Mientras no recibamos orden de la Junta ó del jefe...» «No contando usted con las personas importantes del partido, su fracaso es seguro. Por lo tanto, y aunque lo sentimos, no podemos prestarle nuestro concurso.» Y otras disculpas parecidas.

Y resultaría que el hombre nuevo se vería detenido al comenzar su marcha ó perturbado en sus propósitos, por no encontrar abrigo de ninguna clase entre los que se pasan la vida renegando de los jefes y motejándolos porque no van á ninguna parte, si bien permanecen á su lado porque les sirven de pretexto para no hacer nada, cuando cualquiera los solicita para hacer algo.

Ningún republicano de buen sentido cree que los egregios señores que monopolizan las jefaturas, reúnen las condiciones indispensables para mantener viva la fe, entera la esperanza, é inalterable el entusiasmo, sin lo cual es imposible llevar la masa republicana á la tierra de promisión por el único sendero que á ella conduce en derecho. Y no obstante, ya sea por no hacer el menor sacrificio; ya porque en el fondo están bien hallados con lo existente; ya, en fin, por hallarse convencidos de que de este modo disculpan su inacción en nombre de la disciplina, rechazarían al hombre que, no perteneciendo al sanhedrín, se dirigiese á ellos en demanda de ayuda.

Se encomia la fe de los católicos porque creen lo que *no ven*. Mayor es la de los republicanos que, *viendo* la incapacidad revolucionaria de sus jefes, siguen creyendo en ellos.

Creer lo que no se ve, faltando el medio de comprobar la certeza, puede ser disculpable en alguna ocasión. Lo que no puede serlo en ninguna, es *ver* la falsedad de aquello en que se cree, y seguir creyendo.

A menos que no se haga por cálculo ó conveniencia.

1900

Pensar alto

Nos pagamos de palabras más que de obras. Cuando no á los jefes, rendimos culto idolátrico á unas cuantas frases,

muy sonoras, pero muy pobres de sustancia en las realidades de la política. Allá van algunas, recordadas al volar de la pluma:

«Sin abdicar de nuestros hermosos ideales»... «Conservando nuestros salvadores principios»... «Manteniendo enhiesta nuestra gloriosa bandera»... «Nuestro antiguo abolengo»... «Las santas tradiciones de nuestro partido»... «Nuestra consecuencia inquebrantable»... «La fe en nuestras doctrinas»... «Nuestro honor»... «Nuestra conciencia» y otras diez ó doce más que, si las suprimiéramos por inútiles, daríamos un gran paso en el camino del buen sentido.

Ya sé, ya sé que poniendo cada una de esas frases por título á un artículo, se pueden escribir sublimidades, agotar el repertorio de los adjetivos que entusiasman, y hasta quedar como Rogers de Flor en punto á dignidad, honor y pensamientos bonitos; pero después de agotados esos temas, España seguirá desmoronándose y arruinándose, que es en primer término lo que debemos á toda costa evitar los republicanos.

¿Hay nada más poético que una monja? Renuncia á todos los gozes de la vida por conservar incólumes los votos pronunciados; en punto á consecuencia, puede darle quince y raya al republicano más conservador de sus principios; admírase su abnegación; se aplaude su sacrificio; pero, en suma, ¿quiere decirse que misión cumple en la tierra una monja, como no sea la egoísta de alcanzar la bienaventuranza eterna? ¿Cuánto más que todas las monjas juntas vale la mujer que, aun prescindiendo de ciertos escrúpulos sociales, hace que en el registro de la vida se escriba esta frase hermosa: concebido ha sido un hombre?

De igual manera, ¿no sería mucho más grande el republicano que tragándose, no uno, todos los principios de que alardea, trajese la República por cualquier procedimiento, que la multitud de consecuentes, abnegados y fieles que convierten su partido en convento cerrado á los profanos, y creen haber cumplido con su deber defendiendo sus principios con el intransigente egoísmo que la monja recita sus oraciones?

Hay que pensar más alto, prescindir más de lo propio, vivir, en fin, la vida de la realidad; y de ser intransigentes, serlo en aquello que no afecta á la patria, esa patria cuyo nombre tenemos siempre en boca sin hacer nada para justificar que podemos tenerlo.

1893

Puntos de vista

He aquí lo que yo habría hecho á la primera noticia del levantamiento carlista, si hubiera sido jefe:

Ir á casa de los otros jefes á convencerlos de que debíamos ir á decirles al ministro de la Gobernación:

«No como partidarios de la República, sino como amantes de la libertad, veni-

mos á ofrecerle al gobierno nuestro apoyo contra los carlistas.»

¿Ideas que me hubiera llevado con esto?

Estas:

- 1.ª Ir contra el enemigo de todos.
- 2.ª Ver si por este medio nos uníamos los republicanos.
- 3.ª Influir en las medidas que contra el carlismo se adoptaren.
- 4.ª Convencer al país de que anteponiéramos á todo la defensa de su libertad y de su honra.

Y 5.ª (La más importante). Impedir que la restauración, viniendo á los carlistas sin auxilio nuestro, adquiriese la fuerza que hoy no tiene.

«¡Abominación! ¡Herejía! ¡Los republicanos ponerse al lado del gobierno en cuestión alguna? ¡Antes morir!»

No sulfurarse, impecables correligionarios, que no lo digo yo por nada de eso, sino porque, estando muertos en la opinión, quizás hubiéramos resucitado por ese medio.

Y también porque, si la guerra se ponía seria, estaríamos en condiciones de reclamar con perfecto derecho el honor de acabarla nosotros desde el gobierno.

Además, si mañana estuviésemos frente á una invasión extranjera, ¿no haríamos eso que propongo? ¿Y quién más extranjero para los republicanos que el carlismo? ¿Qué tenemos de común con él, como no sea el lenguaje, y aun esto sin emplear las mismas palabras, puesto que mientras ellos dicen *Dios, absolutismo, tiranía*, nosotros decimos *razón, libertad, democracia*?

El que propongo hubiera sido un golpe verdaderamente político y exclusivamente revolucionario.....

Pero nuestros egregios lo han visto de otro modo y han permanecido en su olímpica indiferencia para todo lo que significa acción, vida activa...

Y, naturalmente; lo que menos se ha tenido en cuenta durante la algarada carlista, ha sido al partido republicano.

Y si así se levanta el espíritu liberal y se trabaja por la República, ¡apaga y vámonos!

1900

Pensemos en mañana

Ya poco nos queda por ensayar.

Hemos acudido á los comicios y nos hemos retraído; realizado actos de fuerza aislados; celebrado mítins á porrillo y veladas á montones; fundado casinos y comités á millares; asistido á innumerables banquetes para conmemorar fechas y obsequiar personajes.

¿Y periódicos? No puede calcularse los que hemos fundado.

Y en el Parlamento, ¿cuánto no hemos dicho! Discursos monumentales de los primeros oradores, arranques tribunicios tremendos...

Y á pesar de Parlamento, prensa, actos de fuerza aislados, banquetes, comités, casinos, sacrificios personales, nada he-

mos conseguido, y estamos cada vez más impotentes para intentar el último y supremo esfuerzo.

¿Por qué? Porque los sacrificios no han sido hechos por todos ni utilizados convenientemente; porque no hemos sabido vencernos hasta olvidarnos cada cual de sí propio; porque hemos antepuesto al triunfo de la República, nuestra peculiar manera de pensar; porque hemos colocado lo accesorio sobre lo fundamental.

Unas veces por el programa, otras por el abolengo, otras por la antigüedad... ¡Váyase al diablo todo esto, si impide la reconstitución del gran partido republicano!

¡El abolengo! Si la democracia lo rechaza para sí individuo ¿como ha de sostenerlo para las fracciones?

¡Los programas! Guarde cada cual el suyo para procurar imponerlo después del triunfo; mas ¿por qué invocarlo ahora, si mantiene la división?

¡La antigüedad! Cuando de la salvación de la patria se trata, el más antiguo es el primero que llega.

Y no es que yo pretenda que hombres ni partidos rompan de golpe con su pasado; sólo sostengo que el hoy tiene el mismo derecho a vivir que tuvo el ayer, y que debemos aprovechar las enseñanzas que nos han dejado veintiséis años de luchas estériles, para llegar al mañana.

Pensemos en ese mañana, prescindiendo un poco del hoy, y olvidándonos del ayer.

1900

Una clave

Cuando se tiene el poco patriotismo, (igual los hombres que los partidos), de hacer valer derechos, debiendo limitarse a cumplir deberes;

Cuando la preocupación de que triunfe mañana *esta ó aquella tendencia*, se antepone á la necesidad de unirse hoy, *sin condiciones*, para avanzar resuelta y desembarazadamente por el camino que las circunstancias indiquen;

Cuando en tíquis miquis de programas inútiles se pierde el tiempo que debería emplearse en preparar acciones provechosas;

Cuando el ridículo afán de decirle al país lo que se hará mañana si viene la República, impide concertarse hoy para la ejecución de actos que garanticen el cumplimiento de lo que se le promete;

¿Quién va á creer, aunque la *Unión* se dé al fin por hecha, que hombres tan pácatos, tan irresolutos, servirán en ningún caso para llevar á la práctica lo que ofrecen, con la energía y la rapidez que en los periodos revolucionarios aseguran el éxito?

Pero en lo que hay que insistir, es en eso de los *derechos* y los *ahebers*, porque ahí está una de las claves de lo que viene ocurriendo.

Ante los males de la patria y la necesidad de remediarlos; ante la labor negativa de un cuarto de siglo; ante la gran

medida empleada siempre que ha habido necesidad de hacer algún sacrificio, los hombres importantes del republicanismo sólo tienen *derecho*... á cumplir con su deber.

¿Derechos! ¿Quién los tiene entre nosotros? ¿Dónde los ha adquirido? ¿En qué se fundan? Y respecto á los partidos, ¿cuál de ellos los tiene, por haber sabido poner la idea republicana sobre los mezquinos intereses de bandería?

Se comprendería que hombres y partidos reclamasen el *derecho* á ser los primeros en el sacrificio; que ninguno consintiese que otro se le pusiera delante en el momento de la lucha; que todos se anticipasen en la hora de las abnegaciones. ¿Pero que los reclamen por sacar á flote un principio de su credo, ó una personalidad de su camarilla? Esto no tiene nombre sino en el diccionario de las cosas chicas y vulgares.

1900

Disculpas en viernes

Un diputado republicano ha dicho en el Congreso:

«Para ir á la revolución necesitamos antes educar á la masa.»

Permítame ese diputado hacer unas ligeras observaciones.

Primera. Ningún republicano de los que acaban de solicitar y de aceptar para ser diputado los votos de esa masa, puede en justicia calificarla de *ineducada*, sin exponerse á que se le eche en cara la inconsecuencia de aceptar la representación de gentes que no saben lo que piensan, lo que quieren ni lo que votan.

Segunda. Para exponer la vida, no es preciso saber derecho, cánones, ni filosofía; quizás en alguna ocasión estorbe todo eso. El pueblo sólo necesita saber una cosa: que su sacrificio no será estéril, porque sabrán aprovecharlo en bien de la nación los hombres rectos y honrados.

Tercera. Ignoro en qué forma, sin alcanzar antes el poder, podemos los republicanos educar á la masa; pero en cambio sé, que á la semana de tener la *Gaceta* en la mano podríamos haber hecho mucho para que esa masa comiera, se educara y se dignificara.

Cuarta. Si la masa está ineducada, lo mismo cae la responsabilidad sobre los monárquicos que sobre los republicanos; más aún sobre nosotros, pues que pudimos haberla educado antes, según se demuestra al decir que vamos á hacerlo ahora. Y disculparnos de no hacer la revolución por no estar ella educada, es afrentarla por un delito que hemos cometido nosotros.

Quinta. La masa, aquí como en todas partes, como en todos los tiempos, si de algo pecó, es de sumisa y disciplinada; y los que la califican de lo contrario, es porque necesitan poner ese pararrayos á su flaqueza.

Y corto aquí, no sin rogar á los que tienen talento, cultura y buenos propósitos, que no se dejen influir de esa ma-

nera por los que, debiéndolo todo al Pueblo sin haber hecho nunca nada por él, pretenden ahora disculpar sus errores ó su cobardía con la falsa y desacreditada muletilla de que la masa *está ineducada*, sin perjuicio de adularla diciéndole que está *capacitada* para la República, siempre que se aproximan unas elecciones.

1905.

LA PROPIEDAD

Un noble posee un dominio y saca de él 300.000 libras de renta por año. El y su familia han sacado una renta equivalente durante cinco ó seis siglos, y la tierra es suya.

Suponed que un hábil ingeniero de una población industrial, de Oldham por ejemplo, invente una máquina de tejer y que por ello obtenga patente de invención; suponed que un escritor haga un libro y disfrute los derechos de autor que le garantiza la ley. La patente caducará á los catorce años y los derechos del autor á los cuarenta.

Ahora comprenderéis la diferencia entre las leyes que rigen la propiedad de la tierra y las que se aplican á las demás propiedades. El privilegio de propietario de la tierra no expira jamás.

¡Y, sin embargo, el propietario no ha hecho la tierra, mientras que el ingeniero ha inventado su telar y el escritor ha escrito su libro!

[BLATCHFORD

TEOLOGIA

¿Por qué tienen tanto empeño los *sabios* en las cosas divinas, de hacerles tragar á los ignorantes sus sorprendentes *conocimientos*, sus dogmáticas conclusiones, sus *verdades* inmensas, los procedimientos que se han de seguir para salvarse en la *otra vida*, y así, por el estilo, el modo y forma de alcanzar la *felicidad* posible en este *valle de lágrimas*?

Pues todo este trabajo no tiene otro objeto que encaminar á la raza humana por el camino de la obediencia, de la sumisión y conformidad con la *suerte*, ó lo que sea, del destino por Dios ordenado para que á la postre gocemos todos (los sufridos y obedientes) de la dicha eterna.

¡Oh, yo me encanto con los *productos* científicos de los *sabios* en materias teológicas!

Ellos nos hablan de *revelaciones*, muy corrientes en otros tiempos; de misterios que nadie entiende, ni ellos tampoco; de penas y de glorias de ultratumba, de lo que aseguran están muy enterados; y nos hablan de tantas cosas, estupendas como ellas solas, que nos dejan con la boca abierta y la razón hecha una desdicha.

ZOILO DE ASTIGI

Los peregrinos

POR

ROBERTO ROBERT

«A los que no se bantizan
y niegan nuestra fe santa,
ordena el cristiano Floro
que la piel les sea quitada,
quemarlos en vivo fuego,
partirlos á cuchilladas.»
Lo cual echa una fragancia de religión
y de buenos tiempos, que trasciende.

Y peregrino entra en el romance que dice:

«De Mérida sale el *Palmero*,
de Mérida, esa ciudade;
los pies llevaba descalzos,
las uñas corriendo sangre.
Una esclavina trae rota
que no valia un reale,
y debajo trala otra,
¡bien valia una ciudadel
que ni rey ni emperador
no alcanzan otra que tale.»

Ya lo creo. Como que era nada menos
que un infante: por eso, porque es hijo
del rey Carlos, da la bofetada á Roldán

Ved en otro romance al amante que va
contento á ver á su amada, y recibe por
el camino la noticia de que la pobre niña
se ha muerto.

¿Quién le da la nueva? Un peregrino.
«Yo me partía de Burgos
para ir á Valladolid:
encontré con un *Palmero*,
que me habló y dijo así.»

La esposa del conde Sol va en busca
de su esposo que, ausente de ella por es-
pacio de ocho años, se iba á casar con
otra.

Vestida de burdo sayal se le presenta
á pedirle limosna, y el conde le dice:

«¿De dónde sois, *peregrina*?»

Y después:

«*Romerica, romerica,*

eres el diablo sin duda,
que me vienes á tentar.»

Reinaldos y Roldán se encaminan á
París.

«D. Roldán que es codicioso
de fama y honra ganar,
adereza su partida
sin en nada discrepar.

En forma de peregrinos,
por los moros engañar,
andando por sus jornadas,
muy cerca van á llegar.»

Lo cual da á entender que no sólo el
ser peregrino, sino el parecerlo solam-
ente, ya traía ventaja.

Así lo comprueba el romance que dice:

—«Vámonos, dijo mi tío,
á París, esa ciudade;
en figura de romeros:
no nos conozca Galvane;
que si Galván nos conoce,
mandaría nos matare.
Encima ropas de seda
vistamos *las de sayale*;
llevemos nuestras espadas
por más seguros andare;
llevemos *nuestros bordones*
por la gente asegurar.»

Y no sólo bandidos, caballeros, prínci-
pes y mujeres en cinta endosaban la es-
clavina, sino que sublimaron ese traje los
ángeles mismos que peregrinaban á la
tierra.

¿Qué le pasó á Alfonso el *Casto*, se-
gún refiere la leyenda de la milagrosa
cruz de Oviedo?

«Pues avínole un día,
no de ello muy descuidado,
que saliendo de oír misa,
yendo para su palacio,
con él allí en el camino
dos ángeles se han hallado
en traje de peregrinos,
que el hábito lo ha mostrado.»

¡Oh!... quiero, necesito repetirlo: ¡Qué
tiempos aquellos!

¿Quién viaja hoy día? Gente que anda
á las exposiciones universales, gente que
va á visitar el istmo de Suez, wagones
atestados de periódicos, carteras llenas
de muestras de comercio, comitivas de
groseros operarios que acuden á asam-
bleas revolucionarias, ateos que forman
anticongrillos...

Entonces, peregrinos, muchos peregrini-
nos, todo peregrinos.

Mas ¡ay! Los peregrinos vieron muchas
tierras y muchos reinos y costumbres,
antes desconocidas, y libertades de que
no habían tenido idea, y fueron testigos
de la vida íntima de los señores, lo cual
les sirvió de pretexto para menospreciar-
los un poco.

En sus viajes compraron libros; en Je-
rusalén vieron el código de Godofredo,
vieron la vida libre de las ciudades de
Italia, y al volver á su patria enfermos
del mal de libertad, que es incurable, no
sabían más que municipios, no pedían
más medicina que fueros municipales, y
tan enfermos se pusieron, que ó los mé-
dicos se los recetaban á buenas, ó ellos
se los propinaban por voluntad propia.

Los villanos, en vez de matarse á ayu-
nos aisladamente, se reunían para comu-
nicarse sus observaciones; cayeron en la
mania de que podían ayudarse unos á
otros; en vez de adorar á ciegas la santi-
dad de Roma, se fingieron escandalizados
de cuatro frioleras, que si ellos hubieran
tenido buena devoción, ni siquiera las ha-

bían reparado... y esto nos perdió á lo
último; pero muy á lo último.

El venerable Feijóo opina como nos-
otros que las peregrinaciones son muy
buenas y santas.

Sus opiniones son explícitas; de mane-
ra que la Inquisición, que alguna vez le
había mirado con recelo, no tuvo nada
que oponer á sus escritos sobre este punto.

Lo que hizo al paso que alababa las
peregrinaciones, fue copiar los textos de
los santos que las combatían; después en
otros párrafos las volvía á alabar; en el
siguiente sólo insinuaba que siendo los
españoles tanto ó más devotos que los
franceses, italianos, alemanes, flamencos
y polacos, y no peregrinando tanto como
éstos, parecía que no era la devoción el
principal móvil de los peregrinos. Pero
inmediatamente volvía á ensalzarlas y á
renglón seguido añadía que... Pero voy á
copiar lo que añadía.

Añadía Feijóo:

«Aumenta mucho la presunción del
gran número que hay de tunantes con capa
de peregrinos; el que los que acá vemos,
con el pretexto de ir á Santiago, comun-
mente dan noticias individuales de otros
santuarios de la cristiandad, donde dicen
que han estado: y visitar tantos santua-
rios, para devoción es mucho: para curio-
sidad y vagabundería nada sobra.»

Esto decía el reverendo padre maestro
fray Benito Gerónimo Feijóo de Monte-
negro, maestro general de la Congrega-
ción de San Benito, abad del colegio de
San Vicente de Oviedo, graduado en la
Universidad de dicha ciudad, catedrático
de Santo Tomás y de Sagrada Escritura
y de Vísperas de Teología, etc., etc.

Y esto se lo decía al serenísimo señor
infante de España, don Carlos de Borbón
y Farnesio, el día 4 de Noviembre de 1730.

Es decir, que en el siglo pasado, el pe-
regrino ya no era tan puro y religioso
como en otros tiempos, porque hasta ese
pladoso ejercicio se había corrompido
por la maldad de los hombres.

En los buenos tiempos ya hemos dicho
si era bello, si era poético y sublime.

Entonces, en los buenos tiempos...

Feijóo sigue diciendo:

*Y no se piense que este abuso está adicto
á nuestro siglo*, de modo que en alguno
de los antecedentes no se haya observado
el mismo y procurado remediar. El canon
XXI del concilio Salzgunstadiens, cele-
brado el año 1022, ordena que nadie va-
ya á Roma sin licencia del Ordinario. Sin
duda que ya entonces se había experimenta-
do un grande abuso...

(Continuad.)

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID